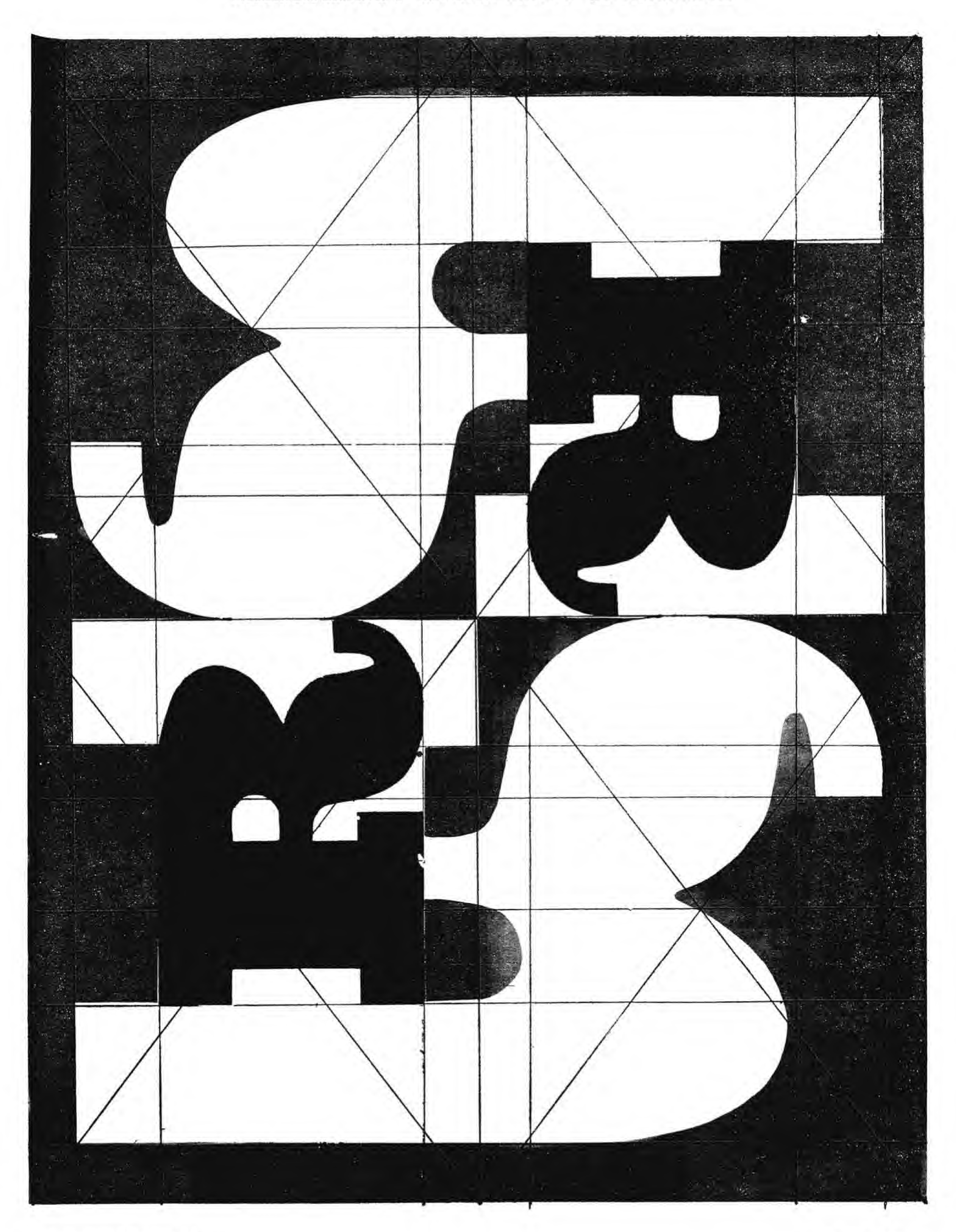
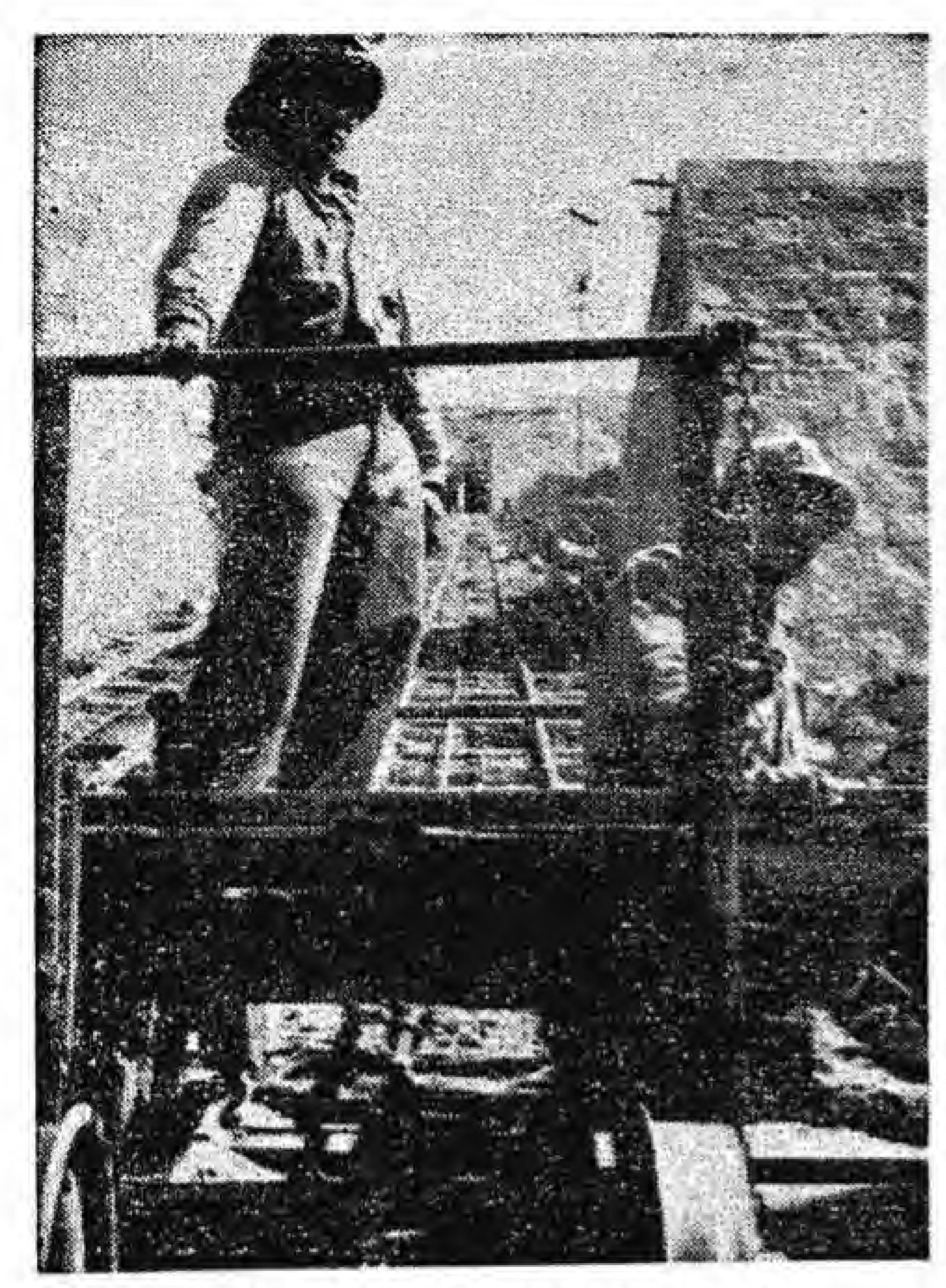
AMERICA LATINA Y ESTADOS UNIDOS *por carlos fuentes*



Febrero 22 de 1960 *número 48*



AMERICA LATINA Y ESTADOS UNIDOS

por

carlos fuentes



LA REVOLUCION CUBANA

¿CUAL ha sido la lección de Cuba para los pueblos latinoamericanos? Destrucción del mito: la revolución contra el ejército es posible. Conciencia común: el programa de la Revolución Cubana es, en esencia, el de todos los pueblos latinoamericanos. Inteligencia internacional: una revolución hispanoamericana debe apelar a los núcleos de opinión democrática de los Estados Unidos capaces de apoyar nuestros movimientos de libertad. Dignidad en las relaciones con los Estados Unidos: no será con debilidad como se obtenga un trato equitativo.

Juzguemos sobre el fondo histórico de Latinoamérica lo que significa hacer una revolución contra el ejército. Las organizaciones castrenses no sólo han sido el apoyo tradicional de las dictaduras: han sido las grandes escamoteadoras de revoluciones. Por encima de los tiranos, han representado la supervivencia de una etapa histórica semifeudal. Cuando la presión popular ha amenazado liquidar esa etapa, el ejército ha intervenido, mediante el cuartelazo o el golpe militar, a efecto de sustituir a las figuras del juego; pero, sobre todo, con el propósito de aplazar nuevamente la acción popular revolucionaria. En Cuba, esa norma ha sido abrogada. La Revolución Cubana no sólo se abstuvo de conspirar con los militares, sino que formó un ejército popular, luchó contra las fuerzas regulares de Batista, y las derrotó. Al triunfar, liquidó la organización castrense. El ejército revolucionario, integrado por campesinos, obreros e intelectuales, perdurará el tiempo que la Revolución tarde en consolidarse. A la postre, Cuba contará con una fuerza armada democrática, fundada en el servicio militar obligatorio.

La Revolución de Cuba ha triunfado con un programa que refleja los problemas de casi todas las naciones de América Latina. Ha despertado la conciencia de los pueblos americanos. Ha vuelto a plantear una serie de temas que, desde las épocas heroicas de la Revolución Mexicana, eran "tabú". La liquidación de los ejércitos de casta. La reforma agraria. La reivindicación de los recursos naturales de la nación. La superación del monocultivo. La ampliación de las relaciones comerciales con el exterior, y el trato justo en la forzosa relación bilateral con los Estados Unidos. La diversificación agrícola y el desarrollo industrial sobre bases independientes. La supresión de las concesiones onerosas y la sujeción de los inversionistas extranjeros al derecho interno. Y la autonomia de la política internacional.

La Revolución Cubana no se ha enunciado limitativamente; no ha enarbolado una bandera antinorteamericana. Su bandera és la de la unidad hispanoamericana. Así lo hacen ver los temas de su programa y la actitud que el gobierno revolucionario ha venido observando ante los Estados Unidos. Los cubanos han procedido a cumplir su revolución sin pedir permiso. Pero han comprendido que los Estados Unidos no son sólo su gobierno o los intereses norteamericanos en Cuba: la Revolución Cubana ha apelado a la opinión y a la amistad de los grandes sectores democráticos de los Estados Unidos. Periodistas, profesores, estudiantes, trabajadores, dirigentes obreros, escritores liberales: por primera vez en mucho tiempo, un gobierno latinoamericano se dirige sin intermediarios a esa gran masa de opinión.

Lejos de debilitarla, esta actitud ha fortalecido la posición independiente de Cuba. Despreciar las fuerzas democráticas que actúan dentro de los Estados Unidos es restarnos fuerzas a nosotros mismos. El error de Guatemala no debe repetirse.

Cuba ha aprendido bien la costosa lección del servilismo. Sabe que a mayor docilidad corresponde mayor presión. Batista aumentaba, cada año, las concesiones a las empresas norteamericanas: cada año, la cuota azucarera de Cuba era más precaria. No obstante, la relación no tiene por qué ser de dependencia. Si la zafra rinde a Cuba 600 millones de dólares anuales, cada dólar ganado por Cuba se traduce en una ganancia de un dólar y quince centavos para los Estados Unidos, en virtud de las importaciones cubanas de bienes norteamericanos. ¿Quién necesita a quién? Una sería la respuesta de cada país aislado; otra, la de todos unidos. Cuando sólo se vende a un comprador, es preciso pagarle, además de dinero, sumisión. Toda relación de compraventa es de dos filos: la desgracia consiste en que América Latina, desunida, ha permitido que el filo cortante obre contra nuestros pueblos. En el trato aislado, Estados Unidos podría pasársela sin los productos de alguno de nuestros países. ¿Pero qué sucedería si veinte naciones protegiesen sus productos de exportación; si México y Cuba, por ejemplo, vendiesen directamente, sin intermediarios norteamericanos, su algodón y su azúcar a Europa y a Asia? Porque el hecho es que el algodón mexicano entra a China vía Hong Kong y que el azúcar cubano es vendido por los Estados Unidos a la U.R.S.S., mediante una ganancia comercial fabulosa, con la seguridad de que nosotros nos limitaremos a continuar produciendo a bajo precio, y una vez que los intereses directos de los Estados Unidos han sido atendidos. De ahí la prohibición norteamericana de que América Latina tenga un comercio directo con los países orientales.

Aislados, éste es nuestro pobre destino. Unidos, fortaleceríamos nuestra posición negociadora y nivelaríamos nuestro trato político con los norteamericanos: si dependemos en muy alto grado de ellos, ¿en qué grado correlativo dependen los Estados Unidos del gran mercado productor e importador latinoamericano?

La Revolucion Cubana, en todo caso, está demostrando que, aun aislada, la firmeza en el trato con los Estados Unidos no es un imposible en las relaciones interamericanas; que la defensa estricta de los intereses propios, lejos de vulnerar, fortalece la posición negociadora de un país. Ya sabemos que sólo por gusto se lamen las coyuntas.

Por todo esto, la Revolución Cubana es ejemplar. Pero no triunfará aislada. Requerirá el apoyo y la acción conjunta de Hispanoamérica. El momento es propicio. La unidad natural de nuestros países, aplazada por el interés que la división ofrece a los explotadores y a los tiranos, no parece un hecho demasiado utópico si se toman en cuenta las fuerzas sociales que en estos momentos hacen efervescencia en todo el Continente. Las condiciones internacionales nos favorecen: los Estados Unidos necesitarán, cada vez más, de nuestro apoyo político y de nuestras materias primas, y la América Latina, cada vez más, estará en condiciones de exigir, a cambio de una amistad equitativa, cooperación económica efectiva, estricto respeto a su independencia y la afirmación sin trabas del desenvolvimiento social, económico y político de nuestros pueblos. ¿Nos favorecerán, a su vez, las condiciones internas de los Es-

. Carlos Fuentes es un joven (32 años) y conocido novelista (ha publicado la extensa, notable "La región más transparente" y la primera parte de una tetralogía, "Las buenas conciencias") de México Carlos es también un hombre de su tiempo y los acontecimientos políticos lo conmueven tanto como los problemas literarios. Profundamente interesado en la Revolución Cubana, ha visitado nuestro país cuatro veces en el último año y al regreso a México ha dicho dondequiera lo que piensa de la Reforma Agraria, la independencia política, los vastos planes económicos. En este ensayo, escrito especialmente para "LUNES", Carlos Fuentes, desde su posición de mexicano, analiza los puntos más visibles (y conflictivos) del primer año de la Revolución.



Los panameños no quieren a los gringos

tados Unidos? Este es un terreno abierto a la especulación. Si el ala izquierda del Partido Demócrata triunfa en las elecciones de 1960, acaso surgiría un clima más liberal en los Estados Unidos: un clima más flexible en su trato con Hispanoamérica.

Urge aprovechar el campo de acción que abre la Revolución Cubana, avanzada de la Revolución democrática en todos los países del Continente. Al ayudar a Cuba, nos ayudaremos a nosotros mismos.

¿Podrá contar Cuba con el apoyo de Hispanoamérica? ¿Podrá contar con el apoyo del país —México—, que en el pasado se enfrentó a una situación muy similar a la de Cuba?

"EL YUNQUE DE LA POLITICA EXTERIOR NORTEAMERICANA

En su difundida obra, **México: La Lucha por la Paz y por el Pan**, Frank Tannenbaum afirma que México fue el yunque de la política exterior norteamericana. Si al enfrentarse a las reformas revolucionarias de México —aduce Tannenbaum—, los Estados Unidos hubiesen impuesto sus argumentos mediante la intervención, hubiesen carecido de toda razón moral para participar en la Segunda Guerra Mundial. **"De un modo extraño e inesperado, la afirmación originaria de que México era libre para elaborar su propia política, aunque lesionando los intereses de los ciudadanos norteamericanos, y de que la integridad territorial y la independencia política de México eran inviolables, ha sido una semilla que dió una gran cosecha: ha robustecido la misión moral y política del pueblo norteamericano."**

La idea que contiene este párrafo ha fundado no pocos equívocos y ha tranquilizado demasiadas conciencias. Su repetición insistente ha tendido a cubrir realidades poco agradables. En el ámbito interamericano, ha bastado decir: "Gracias a la experiencia mexicana los Estados Unidos aprendieron a respetar la independencia de la América Latina", para que broten las sonrisas de todos los que, en nuestros países, se encargan de presentar el rostro del disimulo. Sí. Se había acabado para siempre la política del "gran garrote". No había problema entre los Estados Unidos e Hispanoamérica que no pudiese ser resuelto. La buena voluntad reinaba de los Grandes Lagos a la Tierra del Fuego. Y un buen día, el Vicepresidente Nixon aterrizó en Caracas y fue recibido con escupitajos y pedradas —lanzados, no por turbas "comunistas", sino por elementos visibles de la clase media venezolana. ¿Qué había sucedido? ¿Qué fuerzas ocultas habían trabajado en la oscuridad, detrás de la resplandeciente afirmación de que los Estados Unidos habían aprendido, de una vez por todas, las lecciones de la no intervención, del respeto a la autodeterminación y del sometimiento de los intereses de sus ciudadanos a los derechos internos de cada país latinoamericano?

¿En qué había consistido, entonces, el llamado "yunque de la política exterior norteamericana?"

Distingamos las etapas. En la anterior al gobierno de Franklin D. Roosevelt, los Estados Unidos, sin llegar a la intervención armada (si olvidamos los episodios de Veracruz y Pershing), amenazaron y presionaron diplomáticamente a los regímenes de Carranza, Obregón y Calles (1917-1928). La amenaza y la presión, en buena parte, frustraron la obra revolucionaria: los años iniciales de la Revolución Mexicana —los que debieron ser los años de las grandes afirmaciones—, fueron años en que México debió acudir al compromiso para salvar algunos puntos concretos del programa revolucionario. No cabe duda que la defensa de los intereses mexicanos se llevó a cabo con inteligencia, y que obtuvo éxitos parciales. Pero tampoco hay duda de que en el compromiso, si se salvó a medias, la Revolución Mexicana se quedó a medias. La afirmación de Tannenbaum debe someterse a esta prueba histórica: los programas de Carranza, Obregón y Calles no pudieron cumplirse totalmente en virtud de la presión diplomática de los Estados Unidos, adversa a la política mexicana de reforma agraria, nacionalización de los recursos naturales e intervencionismo económico del Estado. Cuando Calles sucumbió a la influencia del Embajador Morrow, la Revolución Mexicana se detuvo.

En la segunda etapa de nuestras relaciones, Cárdenas, el reanimador de la Revolución, tuvo la fortuna de coincidir con Roosevelt, el dirigente del New Deal. La tesis del mutuo respeto parecía afirmarse concretamente. Así lo reconoció, en 1938, el Presidente Cárdenas, al informar al Congreso mexicano que el Gobierno de Washington, lejos de intervenir en las decisiones de la justicia mexicana, había reconocido el legítimo derecho de México a expropiar el petróleo.

Pero la tesis, para seguir prosperando, requería, en los Estados Unidos, un desarrollo firme de la política del New Deal, y en México, un desarrollo parejo de la política de la Revolución. Que ni una ni otra cosa sucediesen, fue uno de los percances más trágicos de la historia americana. Pero acaso, no por trágico, menos inevitable.

DEL "NEW DEAL" AL "GOOD PARTNER"

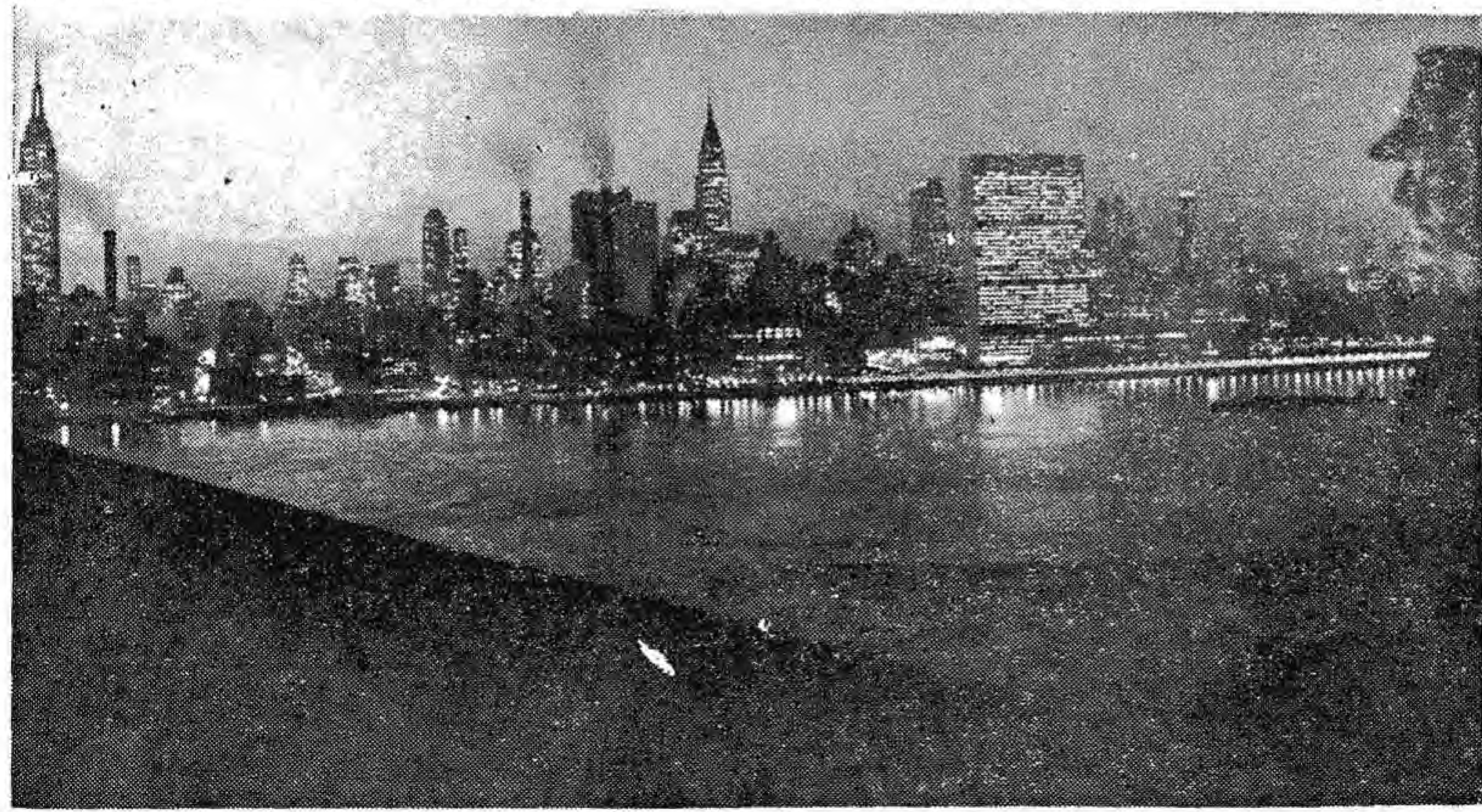
El New Deal fue el único intento serio de revolucionar el arcaico pensamiento del siglo XVII que los Estados Unidos continúan proclamando como base de su fe social. Admitamos que no alcanzó a hacerlo. Una filosofía cultivada nacionalmente durante tres siglos, dentro del coto cerrado que hasta 1917 fue Norteamérica, y a salvo de las sucesivas embestidas críticas —Kant, Hegel, Marx—, que en Europa lo consignaron al museo ideológico, pesaba con exceso sobre la visión reformista de Roosevelt. El New Deal sabía que Locke, Adam Smith y el puritanismo moral eran armas harto endebles para atacar los problemas del siglo XX. Sabía, asimismo, que el obligado papel directivo que los Estados Unidos habrían de desempeñar requería una nueva inteligencia crítica, susceptible de entender a los demás pueblos y de hacerse entender por ellos. Sabía que para más de dos mil millones de hombres "el libre juego de la acción económica individual" era una frase vacía de contenido. Sabía que para los pueblos carentes de riqueza "la protección de la propiedad privada" era una abstracción injusta.

Fue Cárdenas el vocero de una aspiración común de los pueblos débiles, al afirmar ante el Gobierno de los Estados Unidos: "México mantiene su opinión de que no se aparta de las normas jurídicas o de la moral cuando sostiene que los intereses de la colectividad deben prevalecer sobre los intereses aislados de los individuos nacionales o extranjeros. Los llamados derechos del hombre, entre otros el de la propiedad, no son normas del derecho internacional, sino que su validez proviene del derecho interno". ¿Qué exigía este pensamiento de la parte contraria? Fundamentalmente, un esfuerzo para comprender una visión política y moral diversa y para acostumbrarse, en la comprensión, a respetarla y a vivir con ella. De este esfuerzo racional, dependería todo lo demás.

Pero el triunfo del New Deal en los Estados Unidos requería una acción sostenida. Los herederos de Roosevelt, lejos de fomentar su política, la traicionaron. Pensar que los Estados Unidos pudieron proseguir, en escala mundial, la política que observaron con el régimen de Cárdenas, pertenece al reino de los buenos deseos. Como a buen deseo se traduce pensar que los Estados Unidos pudieron aprovechar sus inmensos recursos para elevar realmente el nivel de vida de los pueblos menos desarrollados, para construir una paz sobre bases de cooperación económica, de respeto al derecho ajeno y de limitación de los intereses de los grupos capitalistas norteamericanos.

La política del New Deal fue sustituída por una actitud negativa y hipnótica: el papel mundial de los Estados Unidos consiste en detener a la Unión Soviética, en cercarla internacionalmente y en perseguir, en lo interno, a los liberales. Pero ninguna política positiva puede sostenerse sobre un "anti" negativo. Acaso el desarrollo de las ideas del New Deal hubiese significado algo para los pueblos de Africa, Asia y la América Latina. Lo cierto es que el escueto anticomunismo no poseía, ni posee, significado concreto alguno para esos pueblos. No obstante, ésa es la única "filosofía" visible de la política exterior norteamericana.

El historiador mexicano, Daniel Cosío Villegas, advirtió, en 1948: *"Truman, un simple político y no un estadista, decidió arrancarle al Partido Republicano la jugosa bandera antirrusa, señuelo fácil para la demagogia interior y exterior; con ello, de modo inevitable, le dió a su propio partido un tono conservador y, al fin, al país todo"*. Y un escritor liberal norteamericano, Stringfellow Barr, aclara las



Nueva York: una ciudad alzada sobre el dolor de otros pueblos.

consecuencias de la demagogia iniciada por Truman y adoptada con júbilo por el Partido Republicano al asumir, en 1952, el poder: "*De unos años a esta parte, el gobierno de los Estados Unidos sólo ha tenido una meta internacional: detener a Rusia y detener al comunismo. Durante ese lapso, Rusia ha extendido sin descanso su esfera de influencia; el número de personas gobernadas por los comunistas ha aumentado en cientos de millones; el pueblo norteamericano ha sufrido más de cien mil bajas en Corea; y la carrera de armamentos amenaza a los EE. UU. y a sus aliados con una inflación galopante... Nuestra política exterior ha fracasado, y sabemos por qué motivo: porque es puramente negativa... Una política exterior realista ha de ser positiva*". Añade Barr que la política norteamericana no sólo carece de atracción para los dos mil millones de seres que no son ni soviéticos ni norteamericanos: carece, en absoluto, de sentido.

¿Con qué fue colmado el vacío intelectual creado por Truman? Con un regreso a la filosofía tradicional del protestantismo, el individualismo lockiano y el *laissez faire* económico. Pero esa filosofía ya había cumplido su función natural dentro de los Estados Unidos. ¿Qué función internacional podría cumplir? ¿Era capaz de resolver los problemas sociales y económicos, totalmente novedosos, del siglo XX? No: sólo era capaz de defender, internacionalmente, al capitalismo interno de los Estados Unidos. La sustitución de la política del New Deal por la política resurrecta del liberalismo económico y el puritanismo moral dió al traste con los buenos deseos de la tesis de Tannenbaum.

El espíritu protestante, al ser exportado, se convirtió en el maniqueísmo de John Foster Dulles ("*Los EE. UU. no tienen amigos; tienen intereses*"), de acuerdo con el cual la tajante opción de nuestra época se ciñe a escoger entre el bien encarnado y absoluto —Occidente—, y el mal encarnado y absoluto —el comunismo. La filosofía lockiana, al ser exportada, se convirtió en presión diplomática para la protección privada de los ciudadanos norteamericanos, por encima del interés nacional del país en el que aquéllos invirtiesen: el gobierno civil —había afirmado John Locke, teólogo de la "línea de partido" norteamericano—, sólo se justifica en la medida en que protege la propiedad individual. El *laissez faire* económico, al ser exportado, se convirtió en dominio de las economías subdesarrolladas: la "libre competencia" supone precisamente que dos partes compitan, no que una economía expansiva se trague a una economía dependiente.

El New Deal, en suma, fue sustituído por un imperialismo "qui n'ose pas dire son nom": la política de los "buenos socios". En la superficie, se cultivaba la amable sonrisa: "Los Estados Unidos aprendieron su lección en México. Nunca volverán a intervenir en los asuntos internos de Hispanoamérica". Esa lección, formalmente, fue consagrada en la Carta de Bogotá.

TIRANIA Y REVOLUCION SOCIAL

La alianza del maniqueísmo político y la libertad de empresa constituyó la mejor fórmula para el surgimiento y perpetuación de regímenes dictatoriales en Hispanoamérica. Bastó la convencida declaración de "anticomunista" para que cualquier régimen tiránico obtuviese el visto bueno de los Estados Unidos. El actual Secretario de Estado para los Asuntos Interamericanos, Roy Rubottom, lo expresó con magistral claridad en 1957: "*No hay duda de que el General Trujillo ha sido y es un enérgico anticomunista. En consecuencia, es atacado por los comunistas y otros en el Caribe y en el resto de la América Latina. El General Trujillo es un blanco de los comunistas*". Y se estableció el trueque conveniente: protección ilimitada a las inversiones norteamericanas a cambio de apoyo político y armas para la dictadura. Las armas, formalmente, serían usadas en la defensa continental contra el comunismo. (Decía el señor Rubottom en 1957, mientras Batista asesinaba, con armas norteamericanas, a veinte mil cubanos: "*El acuerdo militar que hemos celebrado con Cuba es idéntico al que hemos celebrado con once gobiernos americanos. El propósito del equipo militar que les entregamos es permitirles cumplir un desempeño específico en la defensa del hemisferio.*" (El hemisferio fue defendido contra los estudiantes, los campesinos y los obreros de Cuba.) Las inversiones asegurarían, con la riqueza, el mejor valladar contra el descontento en que suelen germinar los sentimientos radicales. A falta de un desembarco de los Cosacos del Don en las playas del Caribe, las armas eran usadas para robustecer a la Dictadura y para sofocar todo intento de reforma democrática. Las inversiones creaban, a lo sumo, una imagen ficticia de progreso que sólo beneficiaba a los propios inversionistas, al Dictador y a su camarilla. El esquema social continuaba idéntico: arriba, una clase criolla oligárquica, detentadora de riquezas irracionalmente explotadas, un ejército de casta y un clero ultramontano; abajo, una gran masa miserable. En medio de estas fuerzas, una precaria clase media colindante con el escaso proletariado urbano y una incipiente burguesía dedicada a actividades marginales: ambas, sofocadas bajo la presión de un orden semifeudal, arcaico, artificialmente perpetuado desde —y a pesar de—, las revoluciones de independencia de 1810. Donde el esquema no era aplicable —Chile, Brasil, Uruguay—, el drama de la monoproducción introducía el factor retardatario. Y en Argentina, desprestigiados los partidos tradicionales, la demagogia peronista escamoteaba la Revolución: Perón es el caso extremo de una dictadura propiciada, en sustancia, por los errores de la política exterior de los Estados Unidos y que utiliza el sentimiento anti-norteamericano para aplazar la revolución.


México y Cuba se unen a través de sus líderes.


Las mujeres bolivianas tienen que abandonar el hogar.

La dura experiencia de Guatemala reveló, a quienes aun no lo sabían, la realidad de la política latinoamericana de los Estados Unidos. Los errores demagógicos de Arbenz y el cómodo cinismo de Dulles, rodeado de su corte de tiranos, colaboraron para frustrar la revolución democrática guatemalteca. John Peurifoy asumió el viejo y triste papel de Henry Lane Wilson, aunque Jacobo Arbenz no demostrara la entereza final de Francisco I. Madero.

Castillo Armas, Odría, Rojas Pinilla, Perón, Pérez Jiménez, Stroessner, Batista, Somoza, Trujillo, Magloire, Lozano. Es la hora estelar de la política del Buen Socio. La lección mexicana ha sido olvidada.

Pero cierta mañana, las piedras y la saliva llueven sobre la cabeza de Nixon. El pueblo de Caracas ve en él al representante de un gobierno que armó a Marcos Pérez Jiménez y a Pedro Estrada para reprimir y torturar al pueblo; que saqueó, con la venia del dictador, las riquezas de Venezuela. La política del Buen Socio, esa mañana, era coronada con la única respuesta que el pueblo venezolano tenía a la mano: saliva y piedras.

La alianza democrática de las clases sociales que exigían una participación política y económica había derrumbado a los dictadores de Argentina, Colombia y Venezuela. El tiranicidio fue la respuesta de Guatemala y Nicaragua. No se trataba, todavía, de verdaderas revoluciones: en la caída de Perón, Rojas Pinilla y Pérez Jiménez intervino el ejército; en los tres casos, el gobierno civil se fundó en un compromiso. Pero se había dado el primer paso. Las fuerzas sociales reprimidas se organizaron rápida y efectivamente. Se abría la puerta a mayores transformaciones.

El fenómeno ofrece características semejantes en toda la América Latina: es, por ahora, un movimiento de la burguesía y de la clase media, respaldado por el pueblo. Exige la limitación del ejército como factor político, la destrucción del latifundismo, la educación popular, la libertad política, la diversificación agrícola, la industrialización nacional y la cancelación de las concesiones onerosas a intereses extranjeros. Se contenta, por el momento, con gobiernos civiles tibios, que juegan al compromiso y no se atreven a plantear radicalmente las soluciones a los más viejos problemas de la América Hispana. Pero las fuerzas sociales crecen y se organizan: Venezuela no es sólo Betancourt, sino un sistema de partidos conscientes; Argentina no es sólo Frondizi, sino una clase obrera y un estudiantado alertas; Colombia no es sólo Lleras Camargo y el frente de unidad de liberales y conservadores, sino una masa campesina, entrenada en la guerra de guerrillas, que marca un compás de espera.

El primero de enero de 1959, triunfa en Cuba una auténtica Revolución, que asume y lleva a la práctica el programa común de las fuerzas democráticas latinoamericanas. Allí caen por tierra los mitos de nuestra historia independiente. Allí se demuestra que no es preciso contemporizar con el ejército. Allí se demuestra que la Revolución puede ser una realidad en América.

Venezuela tiende la mano a Cuba: las dos naciones más ricas del Caribe rompen el *statu quo* al que se había acostumbrado, en esa zona, el gobierno norteamericano. Todos los ojos —los de América Latina, los de Estados Unidos—, se vuelven hacia México. La revolución democrática de Hispanoamérica está en marcha. Los Estados Unidos, en retirada. ¿Qué actitud tomará el país que llevó a cabo la primera revolución democrática, anti-imperialista y anti-feudal de América Latina?

LA POLITICA INTERNACIONAL DE MEXICO

La política exterior de México se ha distinguido por la defensa perseverante de los intereses del país. Si en ocasiones las circunstancias de la guerra fría la han orillado a la abstención, siempre ha sabido recobrar la postura que le dicta la experiencia profunda del pueblo mexicano ante una presión constante en nuestra historia. Esta política nunca ha traicionado la posición defensiva original de la Revolución Mexicana. Y está bien que sea una política de defensa. Pero, como tal, es una política que se funda en una negativa: el principio de no intervención. ¿Cuál debería ser su complemento positivo? Obviamente, el acercamiento a Hispanoamérica, a los países que pueden apoyar, por razones de mutuo interés, nuestra propia política. No obstante, en un Continente dominado por tiranos, era difícil pensar en una acción conjunta. No eran Fulgencio Batista o Pérez Jiménez los aliados deseables para esa empresa. Pero si las condiciones hispanoamericanas no favorecían semejante empresa, las preocupaciones internas de México y cierta soberbia histórica lo alejaban, también, del fomento de las relaciones con los pueblos latinoamericanos.

Lo cierto es que en México se percibe un acentuado desdén hacia América Latina. No deja de ser paradójico que, al mismo tiempo, México se reserve el papel de líder latinoamericano. A veces, nuestros políticos salen a "exportar los principios de la Revolución Mexicana". Pero quien viaje a Argentina o Brasil sabe que también estos países se otorgan el título de líderes. No; no es la retórica nuestra omisión. Lo que falta es conocimiento recíproco, conciencia de una urgentísima tarea común, e iniciativa práctica para llevarla a cabo.

"¿Cómo es posible que funcione el gobierno socialista de México al lado de los Estados Unidos?", me pregunta un chileno: "¿Por qué agreden ustedes a un país pequeño como Guatemala?", me pregunta un venezolano. "¿Por qué nos es hostil la prensa mexicana?", me pregunta un cubano. Detrás de estas tres preguntas ejemplares, ¿qué existe? En el primer caso, una mal fundada ilusión en la Revolución Mexicana. En el segundo, la tarea perniciosa de las agencias norteamericanas de prensa, que lo mismo sitúan a México como agresor de Guatemala que transforma a Fidel Castro en un Robespierre tropical. En el tercero, un dolor indefinido ante la incomprensión y el desdeñoso alejamiento mexicanos. Ilusión, mentira, desdén: ¿sobre tan débil pedestal se sostendrá el llamado papel directivo de México?

Mas si éstas son las debilidades de nuestra posición, ¿cuáles son sus probables fundamentos reales? Si México, poco inclinado a tener trato íntimo con tiranos, no se ha preocupado por proyectar una política hispanoamericana, es cierto que el prestigio pasado de la Revolución y el prestigio presente de una política exterior digna han permitido a México, en más de una ocasión, ganar batallas en favor de toda la comunidad latinoamericana.

El año pasado, a medida que el rumbo histórico de los movimientos democráticos de Hispanoamérica se iba aclarando, los Estados Unidos —o interpósitos países—, propusieron una serie de medidas con el propósito de comprometer esos movimientos y conducirlos por cauces inocuos. "Sea bienvenida la caída de dictadores —parecían decir los Estados Unidos—; con los nuevos gobiernos civiles, podemos redoblar nuestro rechazo a la intervención comunista en América, y para ello, será necesario revisar los principios del panamericanismo a efecto de ponerlos al día y permitir a los hispanoamericanos una mayor intervención en la política mundial —del lado bueno, claro está". ¿Problemas económicos? No era esto lo urgente, sino el compromiso político.

La acción de la política exterior mexicana, dirigida por Padilla Nervo, corrió pareja a la situación planteada. México impidió que se confundieran las funciones permanentes y pacíficas de la Organización de Estados Americanos con las atribuciones militares y transitorias de la Organización del Tratado del Atlántico Septentrional. México impidió que fructificaran las tendencias intervencionistas de la Declaración de Brasilia (suscrita por Dulles y el Canciller brasileño, Negrao de Lima), como impidió que fructificara la llamada Operación Panamericana (auspiciada por el Presidente del Brasil, Kubitschek), tendiente a poner en entredicho los principios políticos formales —tan duramente conquistados—, de la convivencia interamericana. En la junta informal de cancilleres celebrada en septiembre en Washington, México impidió que se produjeran declaraciones políticas unilaterales que más tarde sirviesen de pretexto, como en el caso de Guatemala, a actos de intervención. (La intervención de los Estados Unidos en Guatemala se fundó en la resolución contra la intervención del comunismo internacional en el hemisferio occidental, aprobada en la Conferencia Interamericana de Caracas. México y Argentina se abstuvieron de votar.) A través de toda esta lucha diplomática, México sostuvo la verdad de fondo: no son los principios formales los que requieren revisión, sino la acción económica regional, a todas luces deficiente e injusta.



La Revolución venezolana librará de la miseria al trabajador.

La posición mexicana, en los casos señalados, fue firme, inteligente y activa. Quedó demostrado que con esos atributos puede movilizarse la defensa común de los intereses hispanoamericanos. México fue recompensado con el incidente guatemalteco. El Presidente Ydígoras, de Guatemala, ametralló a barcos pesqueros mexicanos inermes, alegando que operaban en aguas territoriales guatemaltecas. Habló de fantasmales movilizaciones del ejército mexicano hacia la frontera entre los dos países. Y aunque en América Latina se sabe que el Presidente Ydígoras carece de autonomía y apenas funge como testaferro de las compañías extranjeras que dominan la economía guatemalteca, en unos cuantos días sus acusaciones contra México, amplificadas por las agencias A.P. y U.P.I., crearon la impresión de que México, si predicaba altos principios, practicaba la injusticia concreta con un vecino débil. La clara explicación de los hechos casi no se difundió; la versión interesada llegó a todos los oídos. México pagaba el precio de una política exterior independiente; pagaba, también el precio del aislacionismo cotidiano.

A la advertencia guatemalteca, siguió el halago de Acapulco. Se le ofrecía a México la posibilidad de escoger. Por un camino, iba rectamente a los problemas; por el otro, a la tranquilidad de saberse el socio preferido. Los movimientos democráticos habían destruído el frente dócil de las dictaduras caribeñas: la zona de inmediata vecindad a los Estados Unidos escapaba al patrón inveterado. México no debía convertir el eje La Habana-Caracas en un triángulo. Y Eisenhower, un hombre abrumado de preocupaciones, viejo y enfermo, se trasladó a Acapulco, ostensiblemente a dirigir la campaña contra el gusano barrenador. El verdadero gusano barrenador se llama revolución democrática en Hispanoamérica.

¿Obtuvo Eisenhower lo que quiso en Acapulco? Una semana después de la entrevista presidencial, México obtenía abundantes créditos norteamericanos. Un mes más tarde, México, por primera vez, acudía a un viejo expediente latinoamericano: expulsaba (en extraña coincidencia con Argentina), a diplomáticos soviéticos acusados de inspirar agitaciones entre la clase obrera mexicana. Y las justas reivindicaciones de un sindicato mexicano independiente eran calificadas como parte de una "conjura comunista".

LA CRISIS DE MEXICO: HOY Y MAÑANA

Hispanoamérica pone fin a la etapa feudal perpetuada desde 1810. Y México, adormecido por una mansa demagogia, se siente desligado de esa experiencia. Gracias a la Revolución, nosotros superamos hace mucho la crisis en que hoy se debate la América Hispana. En México no hay crisis: nuestra ruta sigue siendo la de la Revolución Mexicana de 1910. Si esto proclama la retórica más habitual en México, la realidad es otra. México también está en crisis: el *statu quo* que establecido a partir de 1940 cruje bajo el peso de nuevas fuerzas sociales que exigen cambios, liquidación de supervivencias anómalas, transformación de métodos políticos anticuados. La crisis de México se resume en un imperativo: continuar el proceso revolucionario mexicano; consumar, a partir de la realidad de hoy, la etapa revolucionaria incumplida y aplazada. Es decir: libertad electoral, efectiva libertad de prensa, libertad sindical, cumplimiento de la reforma agraria, sometimiento de la burguesía mexicana a los intereses nacionales, defensa de los recursos naturales de México, eventual vida de partidos e independencia de las cámaras legislativas. Y por encima de todo, medidas económicas que enderecen el trágico curso de la distribución, cada vez más injusta, del ingreso nacional.

La clase obrera mexicana se agrupa para la defensa de sus intereses. La burguesía, consolidada y apoyada en intereses exteriores, se agrupa para defender los suyos y penetra continuamente en la organización del Estado. El Estado, por su parte, trata de prolongar el statu quo de los últimos veinte años. El examen de las circunstancias históricas que condujeron a la actual crisis de contradicciones en México rebasaría con mucho el margen de estas notas. Bástenos afirmar que superarla requerirá, ya no el aplazamiento, sino una serie de medidas que satisfagan las demandas de la mayoría de los mexicanos.

Esas medidas, por fuerza, herirían intereses de los Estados Unidos y de los grupos sociales mexicanos dependientes de Norteamérica. La tesis de Tannenbaum volvería a ser puesta a prueba. Pero esta vez, México no estaría solo. Los movimientos democráticos de Hispanoamérica lo apoyarían. ¿Coincidiría con este panorama una victoria del ala liberal del Partido Demócrata norteamericano en las elecciones presidenciales de 1960?

El forzoso desarrollo democrático de México puede ser arbitrariamente calificado por los intereses afectados. Que ese momento no encuentre a México aislado en el trato directo con los Estados Unidos, sino profundamente unido al movimiento democrático hispanoamericano.

Cuba ha demostrado que la revolución democrática puede iniciarse en América Latina. Acaso a México toque demostrar que esa revolución también puede cumplirse.

LA SANGRE INUTIL

por

emilio díaz valcárcel



En éste cuento del escritor puertorriqueño, Emilio Díaz Valcárcel, el lector puede experimentar la angustia y la desazón de un hombre, o de unos hombres, que se ven obligados a defender con sus vidas a un país extraño, enredados en una guerra que les resulta ajena y absurda. Si matar a un hombre es algo atroz, más lo es matarlo sin justificación alguna. Los puertorriqueños del cuento de Valcárcel experimentan este doble horror. Y al final, sus vidas no tienen sentido ni significación. Valcárcel lo dice en el tono de una protesta.

Tengo aún el sabor de la tierra en la boca y aunque estoy aquí entre ustedes, viéndolos con mis propios ojos, no puedo dejar de ver lo otro. ¿Por qué no me dejan ya? No es que esté loco. ¡Ojalá estuviera loco! Los locos son felices aunque algo les ande mal en sus adentros. Eso decía Uto, o perdón: el cabo García. Yo le llamaba Uto porque era de mi pueblo y nos criamos juntos, en las orillas del río y en los guayabales, haciendo mandados al hombre más rico del barrio, y después en el ejército, cuando todo el mundo le llamaba cabo, yo sólo le decía Uto. No es que le faltara el respeto, sino que la amistad nuestra así era. Pero no quiero hablar de él, que su recuerdo atonta como un golpe... Siempre pensé que él podía aguantar más que yo. Un cabo no lo es cualquiera y tiene que ponerse duro y no ablandarse por nada y menos aún frente a la tropa. Pero fue algo que le vino qué sé yo de donde, quizá sin esperarlo, como cuando uno tiene una necesidad de esas que no se pueden echar a un lado. Ni por aquí me pasó que se fuera a aflojar como lo hizo. Primero fuí yo el que se ablandó. Me dolían los oídos y la cabeza me zumbaba como un maldito mosquero y los ojos me ardían y derramaban lágrimas sin yo quererlo. La tierra saltaba sobre mi espalda y estallaban fuegos por todos lados. Nos arrastrábamos sobre la tierra formando una gruesa correa de hombres de carbón a lo largo de la colina. Algunos estaban quietos, con el rostro inmóvil, llenos de polvo. Otros gateaban con los codos solamente, arrastrando el cuerpo como perros estropeados. Pirulo me hablaba y de pronto enseñó los dientes, levantó el pecho y se mantuvo así, sostenido por los brazos durante un minuto, y después pareció descoyuntarse, y cayó de golpe para no moverse más. Yo sé que algunos huyeron. Tiraron sus fusiles y corrieron dando saltos pendiente abajo. Pero abajo había oficiales rubios que los acorralaban y luego les formulaban cargo. Ellos nos cochaban desde allá abajo, ajotándonos al ataque, temerosos de que no peleáramos y los comunistas tomaran más terreno. Ya lo habían hecho la noche anterior. Cuando vinieron encontraron a los nuestros enfundados en sus sacos de dormir (el invierno era muy duro para cada boricua), y así los pasaron a cuchillo, salvándose seis o siete de milagro. Después de eso nos pusieron el ojo. Pero nadie sabía lo que había en la olla. Sólo nosotros, que hablábamos una misma lengua y veníamos de un mismo sitio. Nadie sabía por qué teníamos que morir así, tan lejos de Puertorro. Los griegos y los belgas y los franceses estaban allí porque querían, los coreanos porque debían...

Los silbidos de las balas estaban sobre nosotros haciendo saltar la tierra y mordiendo hombros y mezclándose con los gritos. Por eso fue mejor pensar que jugábamos a las candelarias o que estábamos en asuntos de entrenamiento allá en Salina, entre los hicacos donde dormitaban jueyes de grandes tenazas y grandes arañas bobas. Pero Uto parecía darse cuenta de todo y seguro que eso fue lo que lo dañó. De todos modos no soy quién para comentar esas cosas, ¡y no quiero que me hagan más preguntas!

No crean que tengo miedo porque me tiembla la mano, no está en mí. Me gusta verla temblar llena de vida, como un pichón fuera de nido. Sé que entre ustedes estoy como en casa, allá en Puerto Rico, en el campo donde los cafetales corren de monte en monte. Pero, ¿y ese ruido, quién hace tanto ruido aquí adentro?

Atiendan acá: ustedes son de los míos y aunque no nos criamos juntos son de los míos y valen como hermanos, ¿no es verdad? Hasta el mismo coronel que nos hizo trepar al cucurucho de la loma es de los míos y es nuestro hermano, ¿no es verdad? Uto decía: "Si el coronel dió la orden hay que obedecerla" Yo nunca decía esta boca es mía porque sólo tengo quinto grado y cuando los que saben hablan uno sólo debe escuchar para no meter las cuatro. El admiraba a los griegos porque gustaban de pelear a bayoneta y se enfurecían cuando no podían hacerlo. Por eso tal vez fue que se ofrecieron a recobrar la posición que los mongoles nos habían quitado, y sufrieron una derrota. Cuando estallaban los morteros a su lado se quedaban como si tal cosa, con la cabeza descubierta porque el casco les pesaba mucho. Uto los quería mucho y cuando estábamos en reserva corría donde ellos a tomar cerveza. Ellos también nos querían mucho: usábamos bigote y éramos oscuros y muchas veces nos confundíamos unos con otros. Pero no pudieron sacar al enemigo de la cueva. Entonces nos volvió a tocar el asunto a nosotros, porque para ese tiempo teníamos fama de buenos peleadores, aunque estábamos un poco escamados por la muerte de tantos boricuas...

Uto decía: "No habrá problemas al atacar la colina. Tendremos sobre nosotros un enjambre de aviones americanos para protegernos. No quedará vivo ni un sólo norcoreano del puñadito que hay allá arriba". El coronel había reunido el batallón y dicho eso, paseándose con su sonrisa nítida por entre los rostros ajados y los uniformes llenos de polvo, levantando el puño en alto, pronosticando gloria para la patria. Como yo andaba siempre confundido pregunté a mi vecino qué patria decía el coronel, y mi vecino me dejó sordo de un chillido: "¡La patria norteamericana; es lo que quiere decir el puerco!" Sin embargo, Uto tenía fe en el coronel porque era de la Isla y no nos iba a tirar al desperdicio. Así que nos preparamos todos y nadie dejó de rezar ese día. Después entramos a los caminos bordeados de pinos, rumbo a nuestro objetivo. Caminábamos en una larga fila india, separados tres pasos unos de otros, con el rifle bien limpio y aceitado a la espalda. Pensábamos que el asunto iba a ser fácil. Queríamos y necesitábamos creerlo así.

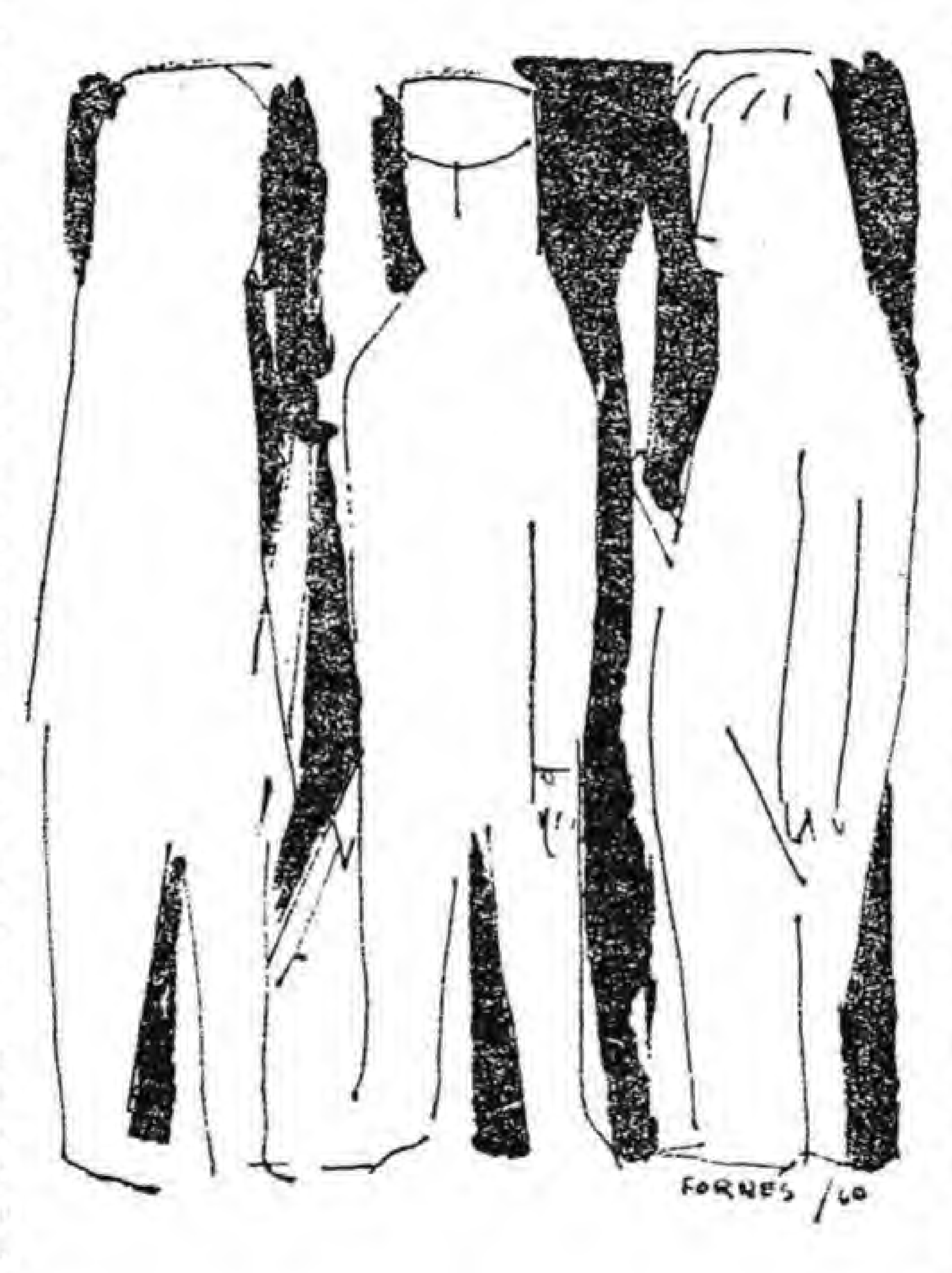
Cuando faltaba poquito para llegar nos llovió mil veces fuego y estábamos al descubierto, las bengalas meciéndose sobre nosotros y cambiando la noche en día, mientras ellos nos observaban y apuntaban sus ametralladoras de mano que eran como demonios escupiendo balas. Cuando miré a un lado, vi una interminable línea de formas negras tendidas e inmóviles, y pensé lo lejos que me encontraba de mi país, lo

lejos que se encontraban todos esos muchachos de su país. De pecho sobre la tierra de hierro alzábamos los rostros al cielo como rezando, aguzando el oído muertos de esperanza, pero no se veía ni un pájaro. No había ya remedio y teníamos que llegar arriba a cualquier costo. Los riscos se llenaron de quejidos y yo subían y subía sin sentido (nos habían enseñado también). eso como empujado por el áspero aliento de la noche, o tal vez succionado por la inmensa boca de la noche que retrocedía perseguida por una furiosa ráfaga de muerte o como si la colina fuera una punta de sábana que alguien halara hacia arriba o como un remolino de agua que chupa a uno hacia el fondo y entonces ya no hay más nada.

Lo que no entraba en mí era por qué tenían que morir tantos boricuas, o aunque fuera uno solo por una tierra que pertenecía a los coreanos, gente que jamás habíamos visto. ¿Por qué tenían que abonar aquella tierra inservible, pura roca, con sangre nuestra? Pero Uto hablaba de la Democracia, de las Naciones Unidas, y por eso yo siempre cerraba el pico. Sin embargo, cuando estábamos a diez pies de las trincheras lo vi arrastrarse hacia los heridos, bajo la tormenta de fuego cruzado, entre la furiosa lluvia de tierra removida por las granadas, y lo único que hacía era maldecir a voz en cuello como si hubiese sido otro. Yo que lo conozco de tanto tiempo no puedo decir que lo conociera así. Mientras López y Ríos y Rivera y Maldonado y Cosme y Pacheco se alzaban en el aire, los brazos y piernas extendidos, enrojecidos por las explosiones, Uto no hacía más que maldecir y maldecir como si fuera enemigo personal de los norcoreanos.

El mambo seguía y el estruendo que salía de nosotros y de ellos me rompía los oídos. Yo no lo podía creer. Nunca se piensa que sucedan cosas así y que uno esté presente. Eso como que está destinado a otros hombres. Por eso yo no podía creer que tenía un brazo adormecido. Apenas si lo notaba. Lo primero fue una picada como de avispa en el hombro, luego una inundación caliente pecho abajo y tuve que pensar que estaba herido como habían sido heridos montones de hombres en el mundo entero. Pero yo seguía subiendo y subiendo sin pensar en nada. Mi rifle ardía y yo no cejaba en ponerle nuevos peines. Cuando uno está asustado, acosado en un infierno, siente como un gustito al disparar y pensar que se barre a un montón de hombres, aunque ellos no tengan nada contra uno.

ilustraciones de fornés



Mejor es no hablar de lo que uno siente. Sólo tengo quinto grado y a lo mejor se ríen, como se rió un sargento de mi compañía cuando notó lo mal que yo hablaba el inglés. Uto no se reía. Lo que no entiendo es cómo un muchacho como él se haya aflojado tanto como lo hizo.

Resulta que estábamos llegando ya a lo último cuando se me acercó y me dijo con los dientes apretados: "El coronel ha metido las cuatro". Yo no lo miré y mejor disparé mi rifle. Alguien rezaba a mi lado con una voz que se rompía, como un disco gastado. ¡Había tanta confusión! Uto gritó en ese momento: "¡El coronel busca fama para sí y que nos reventemos nosotros, el coronel ha metido las cuatro!"

Vi cuando se levantó (yo no pude hacer nada, lo juro) entre l avispero de balas, negro contra el respandor de las granadas, gritando: "¿Qué hacemos aquí, puertorriqueños, qué hacemos aquí? ¡Estamos vendidos, mercena..." Yo no sé si fuera rabia lo que sentía entonces, o miedo. Quise correr hacia el frente, morder y patear, pero aquel infierno de fuego y estruendo se fue alejando y algo como un marco cayó sobre mí en el momento en que oía gritar la retirada...

Sí. Sé que he hablado demasiado, más de lo que conviene a un herido... Usted, doctor dígale a la Cruz Roja que escriba por mí ¡Silencio, no más preguntas! Que escriba a los viejos en Puertorro y les diga que no fue nada, que sólo me corté con un alambre de púas, o con un pedazo de lata... Que les escriba ahora o mañana o cuando pueda... Porque yo tengo sueño... Y estoy muy cansado...

ZAPATOS PARA FLOTAR

por

luis lastra

En el patio el sol se peleaba con la cola del gallo encendiéndola.

Apenas Lino entró en la cocina oyó la voz del viejo llamándolo para el café y le llevó la taza como todas la mañanas. De pie junto a la cama escuchó sorbito a sorbito cómo el viejo luchaba con la muerte... como todas las mañanas —luchar con la muerte desde tan temprano—... cómo todas las mañanas. Y se dijo que hoy sí que se lo iba a pedir.

Baba y café, pensó. Hacía seis años que su padrastro lo había traído a esa casa y que había oído al viejo decir, "sí, está fuerte y sano, sirve para limpiar la casa y hacerme los mandados".

Los primeros meses había dormido en la cobija de techo de guano pero si la perra que es perra duerme en la cocina, ¿por qué no yo? Y el viejo nunca se va a enterar porque no puede movere de la cama, está paralítico hace seis años que no se mueve.

Lino conversaba con la perra, con los chipojos azules que se asomaban a la ventana, conversaba con el gallo. El gato no hablaba con Lino, se enroscaba debajo de la cama del viejo y lo odiaba, mirándolo entre los dos ojos.

Recordó. Tres de sus hermanos dormían en la misma cama con Ñico y los otros dos con su mamá, hasta que su mamá se fué a Baire y está allí trabajando en un café y dicen que Lino tiene otro hermano ahora, entonces son nueve, y el va a ir un día a Baire, pero dicen que ella no quiere ver a nadie de la familia que todos son unos pobres muertos de hambres que andan descalzos.

Y del viejo, ¿qué?. Nunca decía otra cosa que, "Lino, el café" o "Lino, el caldo". Por las mañanas o por las tardes. Menos una vez al mes que sacaba unos billetes de entre las sábanas para que Lino trajera las cosas de la tienda. Eran cuatro pesos cada mes y eran para tabaco, ron, café, azúcar, sal, arroz y manteca. Y al principio Lino no sabía y se lo tenía que apuntar en un papel, pero, Lino ya sabe y de los cuatro pesos nunca sobra ni nunca falta.

Hace si... seis años que su padrastro lo trajo y él subió los mismos sucios escalones y desde el portal los oyó como hablaban de él. Entonces era chiquito, pero ahora tiene que bajar la cabeza cuando pasa junto al espejo de la sala para poder verse la cara con el pelo enroscado por detrás de las orejas. Del color de la cola del gallo cuando se pelea con el sol por las mañanas.

Dejó la olla hirviendo y se fué a sentar a la orilla del río. La perra vino detrás y se puso quietecita a su lado y Lino comenzó a soñar. Flotaba por el agua hasta el ingenio después hasta Baire. Las nubes flotan y las hojas flotan... voy a flotar por allí y más para ellá, con las hojas, voy a comprarme zapatos para flotar hasta Baire y ver a mi mamá.

Metió la cabeza en el agua y sus ojos se llenaron mezclándose con el río, la sintió más pesada y la sacó enseguida.

Volvió a la casa y se puso a secarse el pelo delante del cuadro del hijo de Dios que está clavado en un árbol sin zapatos. Y por eso lo clavaron porque no tiene zapatos, igual que no se puede flotar y tampoco me voy a bautizar hasta que no los tenga. Recordó. Ñico le pegó a su mamá y le dijo que si le hacia le iba a clavar una madera en la barriga y ella se fué a la otra mañana. Está en Baire.

Entró al cuarto del viejo para decírselo. Había unos hombres que decían que eran del censo y cuando lo vieron le preguntaron si sabía leer y escribir y él dijo que no y lo anotaron en una libreta. Cuando se marcharon el viejo le dijo que si volvían que se escondiera y ...¿por qué? si a él le había gustado que le preguntaran y uno le dijo que si quería fumar un tabaco? y cuando se fueron oyó: "sabe Dios hasta cuando no vamos a volver por aquí y mira como viven, con la plata que tiene ese desgraciado, es dueño de medio ingenio".

Quedaron solos y entonces Lino dijo lo de los zapatos para ir a Baire y "puedo ir hoy pa regresar mañana". Pero el viejo se viró de lado y solamente dijo, vas a desyerbar, olvidate de Baire a tí no se te ha perdido nada allí y ella no los quiere ver a ninguno de ustedes.

Lino salió al patio y se recostó del mango. El tronco estaba manchado de tierra roja y sus piés estaban también manchados de tierra roja. Esperó a que fuera de noche y escuchó de nuevo, "Lino, el caldo". Se secó las manos pasándolas por la corteza y entró al cuarto con el pico en la mano. El gato prendió dos luces debajo de la cama. Lino tocó la cabeza en la oscuridad que era como un inmenso huevo y como no podía golpearla porque se hundía en la almohada la puso contra la pared y allí la golpeó.

Lino fué a la tienda tempranito y se compró zapatos, eran amarillos, y luego Lino se fué hasta el río. Baire está al otro lado y un poco más para allá del ingenio. Se metió en el agua y dijo, "voy a flotar".

Pero, Lino no flotaba. La perra ladraba desde la orilla.

REFUTANDO A BEELZY

por

john collier

John Collier cultiva lo macabro y lo fantástico con una vena humorística sobresaliente. Sus cuentos —deliciosos, extraños, diversos— recorren todas las escalas y ahondan en las situaciones más escabrosas, pero hay siempre en ellos una frescura original que los libera de toda morbosidad. El cuento de hoy incide en lo sobrenatural con una maestría que recuerda a Henry James, con el que por otra parte no tiene puntos de contacto.

Ahí va la campanilla del té —dijo la señora Carter.— Espero que Simón la oiga.

Las dos mujeres miraron desde la ventana del salón. El extenso jardín, agradablemente descuidado, remataba en un solar yermo. Allí transitando de la belleza hacia una completa decadencia, se levantaba una casita de verano. Era el refugio de Simón, oculto por las tupidas ramas de los manzanos y los perales. Como siempre ocurre en los suburbios, los árboles crecían demasiado juntos.

Las dos mujeres alcanzaron un vislumbre ocasional del muchacho, según éste se contoneaba de aquí para allá, gesticulando y haciendo muecas, y todas esas cosas solemnes y tontas que suelen hacer los niños que invierten demasiado tiempo en los rincones olvidados de largos jardines.

—¡Míralo, Dios le bendiga! —dijo Betty.

—Volcado en su juego —remarcó la señora Carter—. Ya no le interesa entretenerse con otros niños. Y si voy a buscarlo... ¡la furia! Después viene exhausto.

—¿No duerme la siesta por las tardes? —preguntó Betty.

—Tú conoces las ideas de Simón el grande —explicó la señora Carter—. "Déjalo que escoja por sí mismo", dice él. Y eso es lo que escoge: viene más blanco que una sábana.

—¡Mira! Parece que ha escuchado —dijo Betty.

La exclamación estaba justificada, si bien la campanilla había dejado de sonar por más de un largo minuto. El pequeño Simón detuvo su alarde como si el tenue cascabeleo hubiera llegado a sus oidos exactamente en ese instante. Entonces lo vieron ejecutar ciertos pasos rituales y evoluciones con una varilla, para después venir ronceando hacia la casa, con desgano, sobre la hierba flácida y caliente.

La señora Carter, seguida por Betty, descendió a la sala de juegos, o salón de té en días calurosos. Anteriormente había sido enorme fregadero en aquella casa georgiana de alto puntual. Ahora las paredes tenían un lavado de color crema, con un azul muy crudo en las marquesinas de las ventanas, sillones cubiertos de lona en el piso de piedra y una reproducción de Van Gogh, "Girasoles", sobre la chimenea.

El pequeño Simón entró violentamente, y reconoció a Betty con un saludo protocolar. Su cara era un triángulo casi perfecto, aguda en la barbilla, y se veía mucho más pálido de lo que debía estar.

—¡El niño-duende! —exclamó Betty.

Simón la miró y dijo:

—No.

En ese momento se abrió la puerta y, frotándose las manos, entró el señor Carter. Como era dentista, se las lavaba antes y después de hacer cualquier cosa.

—¡Tú! —dijo su mujer— ¿tan pronto en la casa?

—Espero no ser inoportuno —dijo el señor Carter saludando a Betty con un movimiento de cabeza—. Dos clientes cancelaron sus turnos y decidí venir a casa. Como dije, espero no ser inoportuno.

—¡Tonto! —dijo su mujer—. Claro que no.

—Simonito parece dudoso —continuó el señor Carter—. Mi pequeño Simón, ¿sientes verme contigo a la hora del té?

—No, papaito.

—¿No, qué?

—No, Simonón.

—Eso es. Simón el grande y el pequeño Simón, entre nosotros Simonón y Simonito. Así es más amistoso, ¿no es cierto? En otro tiempo los niños tenían que llamar a sus papases "señor". Y si lo olvidaban... una buena nalgada. ¡En el fondillo, Simonito! ¡en el fondillo! —dijo el señor Carter lavándose las manos una vez más con imaginario jabón y agua imaginaria.

El niño se puso carmesí de vergüenza o ira.

—Pero en cambio, ves —dijo Betty al rescate— puedes llamar a tu padre como te parezca.

—¿Y qué ha estado haciendo Simonito toda la tarde mientras Simonón estuvo trabajando? —preguntó el señor Carter.—

—Nada —murmuró el niño.

—Entonces te has aburrido, mi pequeño Simón. Aprende de la experiencia. Mañana has algo divertido y no te aburrirás. Quiero que aprenda de la experiencia, Betty. Es mi norma, la escuela nueva.

—He aprendido —dijo el muchachito. Hablaba cual un hombre viejo y cansado, como hacen frecuentemente los niños.

—Lo dudo —dijo el señor Carter.— Si te pasas toda la tarde sentado sin hacer nada, con el fondillo en tierra... Bueno hubiera estado que MI padre me sorprendiera así; no habría sido muy cómodo para mi trasero, te lo aseguro.

—Estuvo jugando —dijo la señora Carter.

—Un poco —añadió el niño. revolviéndose en su silla.

—Demasiado —dijo la señora Carter.— Viene a la casa todo nervioso y atontado. Debería descansar.

—Tiene seis años —dijo el marido.— Ya es un ser razonable. Debe elegir por sí mismo. ¿Pero qué juego es éste, Simonito, que te pone todo nervioso y atontado? No hay muchos juegos tan buenos para eso.

—No es nada —dijo el niño.

—¡Vamos! —dijo el padre.— Somos amigos, ¿o no? Puedes decírmelo. Una vez yo también fui Simonito, como tú, y jugué los mismos pasatiempos que tú juegas. Por supuesto que entonces no habían aeroplanos. ¿Con quién tú practicas este magnífico juego? Andale, siempre debemos responder a una pregunta, o el mundo dejaría de ser redondo. ¿Con quién jugaste?

—Con el señor Beezly —dijo el niño, incapaz de resistir.

—¿El señor Beezly? —Al preguntar así, Simón el grande miró interrogativamente a su esposa.

—Es un juego que ha inventado él —dijo ella.

—¡No inventado! —gritó el niño.— ¡Bobería!

—Eso es contar cuentos —respondió su madre.— Y con mucha falta de respeto. Mejor hablamos de algo distinto.

—No me extraña que sea irrespetuoso —dijo el señor Carter— si tú lo llamas mentiroso y luego quieres cambiar de tema. El niño te cuenta sus fantasías y tú le implantas un sentimiento de culpabilidad. ¿Qué puedes esperar? Que se inicie un mecanismo defensivo. De ese modo consigues a un mentiroso de verdad.

—Como en "Aquellos tres" —dijo Betty.— Sólo que distinto, naturalmente. "Ella" era una mentirosa insonrojable.

—Yo la hubiera hecho ponerse como amapola —dijo el señor Carter— en la parte obligada de su anatomía. Pero Simonito cruza un período de fantasía. ¿No es cierto, mi pequeño Simón? Tú solamente estabas inventando.

—No, no —dijo el niño.

—Sí, tú estabas —dijo el padre.— Y porque eso era lo que estabas haciendo, todavía no es demasiado tarde para razonar contigo. No se hace daño alguno con fantasear, mi viejo amigo. No se lastima a nadie con imaginarse cosas, y hacerlas creer. Sólo que existe una diferencia, y debes conocerla, entre soñar despierto y la realidad, de lo contrario tu cerebro no crecerá. Nunca será el cerebro de Simón el grande. Así es que andando. Dime algo de este señor Beezly de tu propiedad. Vamos. ¿Cómo es?

—No es como nada parecido —dijo el niño.

—¿Como nada sobre la tierra? Eso es terrible, amiguito.

—No le tengo el menor miedo —añadió el niño.— Ni un poquito.

—Me gustaría confiar que no —dijo el padre.— Si lo tuvieras, estarías asustándote a ti mismo. Siempre estoy diciéndole a la gente, gente mucho mayor que tú, que tienen la costumbre de asustarse a sí mismas. ¿Es un tipo divertido? ¿Es un gigante?

—Algunas veces —dijo el niño.

—A veces una cosa, a veces otra —dijo el padre.— Suena un poco vago. ¿Por qué no puedes decirme exactamente cómo es?

—Lo quiero mucho —dijo el muchachito.— Y él me quiere a mí.

—Las palabras importantes —dijo el pa-

dre— debieran ser reservadas para cosas reales, [illegible] Simón el grande y el pequeño Simón.

—¡Ah, pero él es real! —dijo el niño apasionadamente.— No es un tonto; es de verdad.

—Escucha —dijo el padre.— Cuando tú sales al jardín, allí no encuentras a nadie, ¿o sí?

—No —dijo el niño.

—Entonces piensas de él, en tu cabeza, y aparece.

—No —dijo Simonito.— Tengo que hacer marcas. En la tierra, con mi varilla.

—Eso no tiene importancia.

—Sí, la tiene.

—Mi pequeño Simón, estás poniéndote obstinado. Trato de explicarte algo. Yo he estado en el mundo mucho más tiempo que tú, y como es natural soy más viejo y más sabio. Estoy explicándote que el señor Beelzy es una fantasía de tu cabeza, ¿me oyes? ¿Entiendes?

—Sí, papi.

—Es un juego, algo que tú te imaginas.

El muchachito miró hacia su plato, sonriendo con resignación.

—Espero que me estás escuchando —dijo el padre.— Todo lo que tienes que hacer es decir:





—¡Por favor, no! —exclamó Betty, pero inmediatamente se llevó la mano a la boca. ¿Qué razón tenía una visitante para gritar "¡no!" cuando un padre está explicando cosas de una manera científica y moderna? Además, resulta enojoso para el padre.

—Bien, muchachito mío —dijo el señor Carter— antes afirmé que se te debía permitir el aprendizaje mediante la experiencia. Sube al piso alto y ve directamente a tu cuarto. Así aprenderás si es preferible entrar en razones a mantenerse obstinado y perverso. Sube. Yo iré después.

—¿Vas a pegarle? —se lamentó la señora Carter.

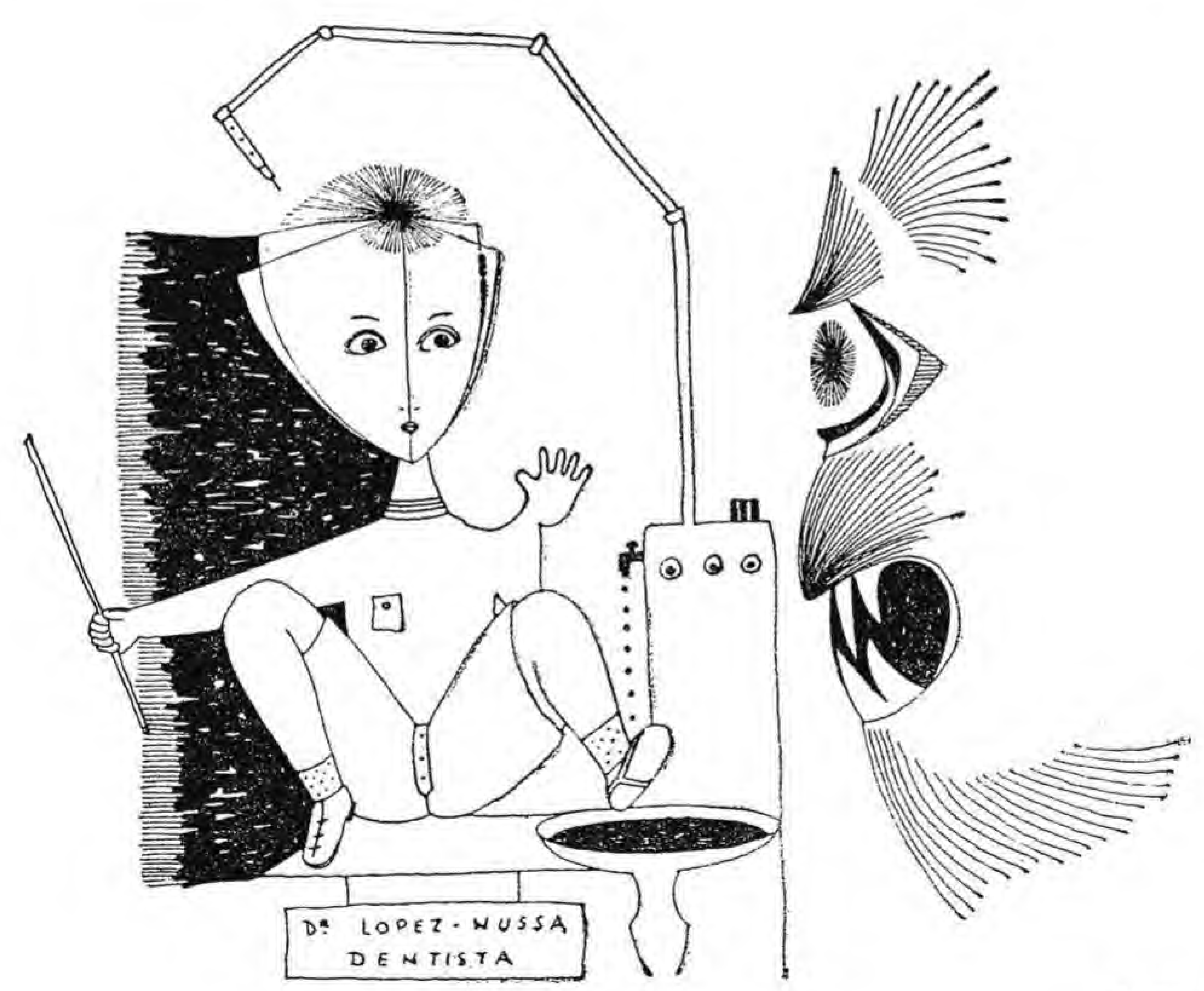
—No —intervino el niño.— El señor Beelzy no lo dejará.

—¡Lárgate! —vociferó el padre.

Simonito se detuvo junto a la puerta.

—Dijo que no permitiría a nadie hacerme daño —sollozó el niño—; que vendría como un león, con alas y todo, para comerse a quien se atreviera.

—¡Ya verás cuán real es tu señor Beeziy! —gritó el padre, persiguiéndole.— Si no puedes



ilustraciones lópez nussa

"He estado jugando de mentiritas, con alguien llamado el señor Beelzy". Entonces nadie podrá pensar que estás diciendo falsedades, y sabrás la diferencia que existe entre el sueño y la realidad. El señor Beelzy es un producto de tu cabeza.

El muchachito seguía con la vista clavada en el plato.

—A veces está allí, y a veces no está —continuó el señor Carter.— En ocasiones parece una cosa, y en ocasiones otra. No puedes realmente verlo, como puedes verme a mí. No puedes tocarlo, pero a mí sí puedes tocarme, y yo a ti.

El señor Carter estiró sus manos grandes y blancas de dentista, tomando a su hijo por el cuello, bajo la nuca, y dejó de hablar por un instante, apretando. El muchachito bajó su cabeza todavía más.

—Ahora te das cuenta de la diferencia —dijo— entre una cosa imaginaba y una cosa real. Tú y yo somos una cosa; él es otra. ¿Cuál es la inventada? Vamos, respóndeme: ¿cuál es de mentiritas?

—Simonón y Simonito —dijo el niño.



aprender de un modo, aprenderás de otro. ¡Te bajaré los calzones! Sin embargo, voy a terminar primero mi taza de té.

Esto lo dijo volviéndose hacia las dos mujeres. Ninguna de ellas habló. El señor Carter terminó su té y abandonó la pieza sin prisa, lavándose las manos con su agua y jabón invisibles.

La señora Carter nada dijo. Betty no podía pensar en nada que decir. Ella hubiera querido estar hablando, temerosa de lo que pudiera escucharse.

Súbitamente vino. Pareció como si el aire se hubiera desgarrado. "¡Dios mío!", gritó Betty, "¿qué fue eso? Lo ha lastimado"

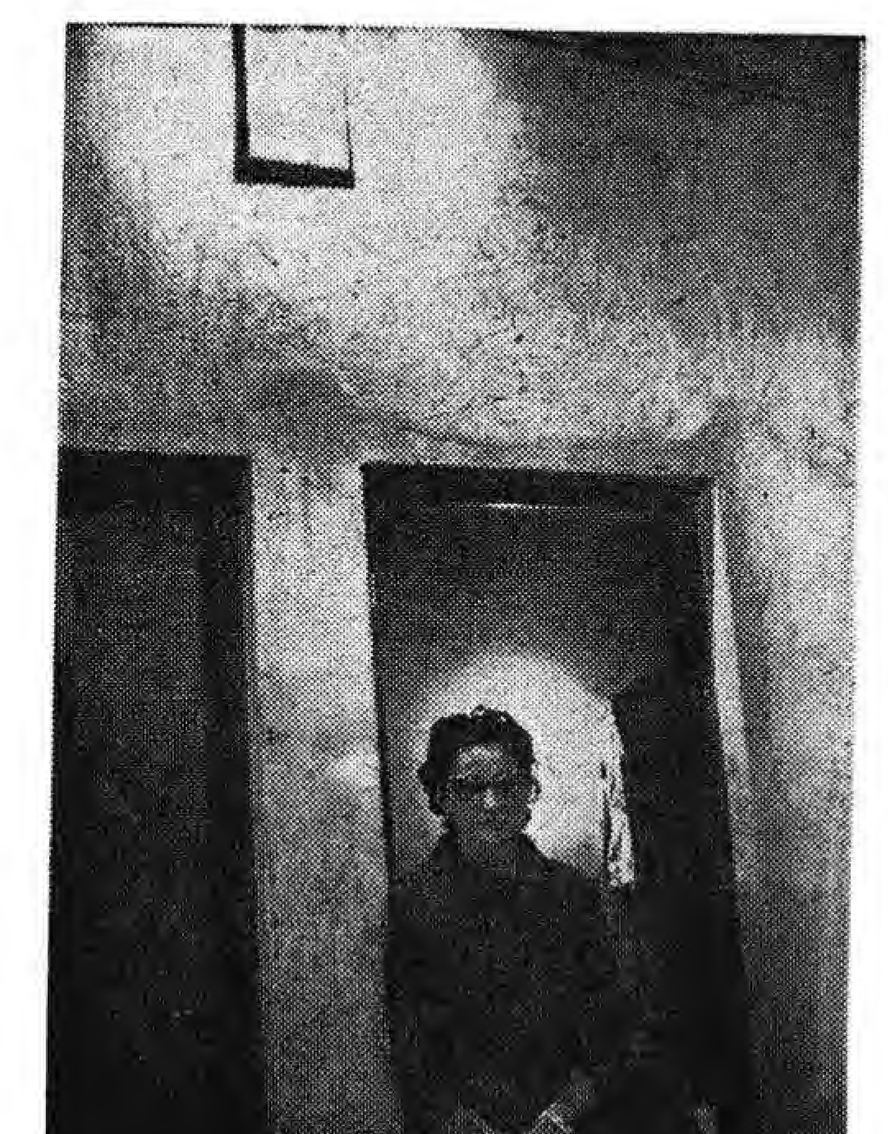
Betty saltó de su silla, con los ojos relampagueantes detrás de los lentes.

—Voy a subir —dijo temblando.

—Sí, vamos —dijo la señora Carter— pero eso no fué el pequeño Simón.

El zapato lo encontraron en el corredor del segundo piso, con el pie del hombre todavía dentro del mismo. Como ese último bocado de un ratón que a veces se desprende inadvertidamente y cae por entre los colmillos de un gato.

"LUNES" en el TNC



Isabel Molnar ha canalizado el trabajo



Miriam Acevedo y Manuel Pereiro ensayan la obra de Sartre.

Fermín Borges asiste a los ensayos



En medio de la tensión general, un momento de risa



Un ensayo de danza es siempre un ejercicio largo y tedioso.



Un actor espera solitario que lo llamen a ensayar.

El Teatro Nacional fue la eterna promesa incumplida de la larga teoría de politicastros corruptos que hemos padecido a través de toda la República. Promesa de articulejo periodístico —a la juventud, a la intelectualidad—, ofrecimiento de mitin político —al pueblo que quería salir de la oscuridad.

No es por azar que las obras del Teatro Nacional están siendo terminados por la Revolución. (Fueron comenzadas durante el gobierno de Carlos Prío y se arrastraron durante todo el batistato, absorbiendo presupuestos hasta el triunfo de la Revolución.) Detrás de cualquier obra constructiva está la voluntad de uno o varios seres humanos; la proyección de un programa. El Teatro Nacional es parte importante del programa cultural del Gobierno Revolucionario. Las personas que hoy están al frente del teatro son abnegadas, cultas, trabajadoras, honestas, revolucionarias

Ya el teatro ha comenzado sus actividades: el día 19 del presente mes fue inaugurado, presentando, con gran dignidad, un programa de danzas modernas por el grupo que dirige Ramiro Guerra, director del departamento de danzas. El miércoles 24 se presentará un programa de Cantos, Bailes y Leyendas de Cuba, bajo la dirección de Argeliers León, encargado del departamento de folklore. A fines del presente mes el departamento de música que dirige Carlos Fariñas, presentará la orquesta sinfónica del teatro, dirigida por Enrique González Mántici, en el Concierto No. 4 para piano y orquesta de Beethoven, ejecutado por la pianista Ivette Hernández, así como una obra del compositor cubano Félix Guerrero. Fermín Borges, director del departamento de artes dramáticas, encargó al director, Francisco Morín, la puesta en escena de "La Ramera Respetuosa", de Jean Paul Sartre, como homenaje al autor que nos visita, y la que se comenzará a presentar en Santiago de Cuba como parte de un programa en homenaje a la ciudad, en los primeros días del próximo mes de marzo.

Y todo esto se realiza a pesar de los obstáculos lógicos que conlleva una obra de esta magnitud. Una obra que otros prometían demagógicamente y que hoy el gobierno revolucionario, a través de la directora del teatro, Isabel Molnar, está convirtiendo en realidad innegable.

fotos de——korda

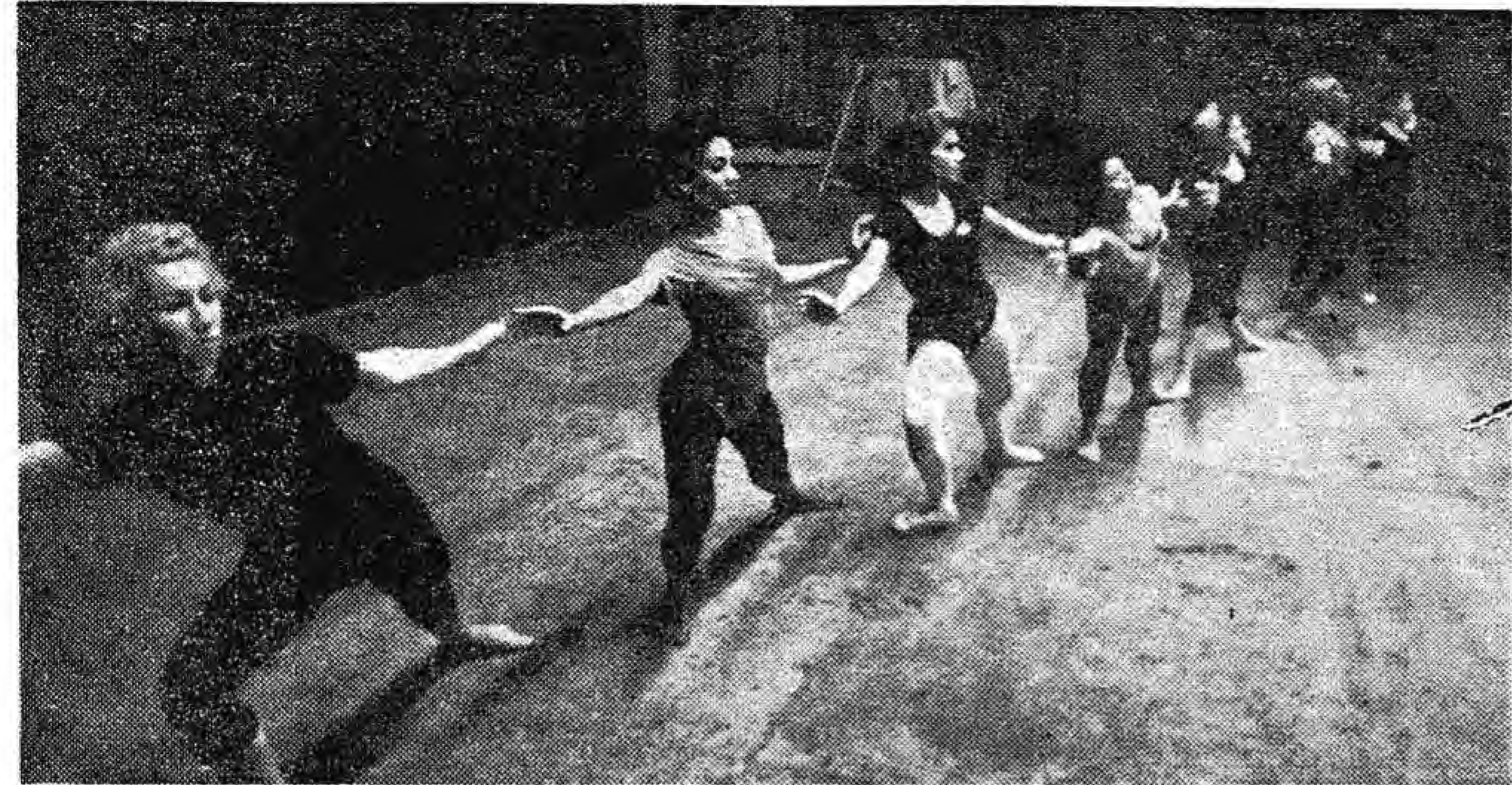




Miriam y Pedro en un momento dramático



La danza moderna está a cargo de R. Guerra



Danza moderna: por primera vez veremos un conjunto profesional.



Con los brazos en cruz recibiendo el santo.



Cuando el bongosero toca electriza



Mánticci ensaya a los músicos que ejecutan a Beethoven



Morín: dirige una obra de Sartre



El grupo folklórico trae un elemento de auténtica fuerza.

PUNTO DE MIRA

UN ENSAYO OPORTUNO

por——————calvert casey

En la colección titulada "Los Mejores Ensayistas Cubanos", que forma parte del Segundo Festival del Libro, figura como último ensayo una conferencia que José Antonio Portuondo pronunció en 1938, casi a fines de la guerra civil española y en los días que precedieron a la última guerra mundial.

En ese ensayo Portuondo hace un acertado análisis de la misión del intelectual en las horas que nos ha tocado vivir, y de lo que él llama el conflicto intelecto-pasión, o dicho de otro modo, razón-vida.

Para ello traza la curva que recorre el hombre occidental desde que abandona la atmósfera de la Edad Media, donde los hombres eran "ricos de un exaltado sentimiento de comunidad", y se adentra en el racionalismo, que anuncia el nacimiento de la burguesía y encuentra su glorificación en el Discurso del Método, para cerrar el círculo perfecto al quebrar el racionalismo y volver el hombre a la pasión, que en literatura se traduce en el culto del inconsciente y el surrealismo.

Para la actual generación de escritores cubanos, para los jóvenes airados de -959 y 60, sobre cuyos hombros pesa inevitablemente, son pena de traicionar su misión y su gran momento, la tarea de explicar e impulsar la Revolución, el ensayo de Portuondo es un verdadero hallazgo, una orientación oportunísima a una generación más abrumada de obligaciones que la del autor porque no ha conocido la defraudación y actúa desde el poder, o con ayuda del poder emanado de la Revolución.

Portuondo escribía en las negruras del primer batistato, en cuyos umbrales había quedado toda esperanza, y en las postrimerías de la guerra española, visible ya la derrota de la República. Sin embargo, su convición de la continuidad de la historia es profunda y el autor parece considerar las dos calamidades como meros accidentes en una larga lucha. El tono de continuidad y confianza llega hasta nosotros saltando sobre los últimos 20 años, que sólo es un momento de historia, y para nuestra generación airada y cargada de un compromiso inescapable el ensayo podría titularse "Como decíamos ayer... "Al escribir, el autor estaba seguro de que lo hacía para los hombres honrados de su generación, y para los de la nuestra, lanzados a toda máquina, emitiendo señales y urgidos de señales; y que a poco que transcurrieran dos segundos de Tiempo, lo escucharíamos.

Aún cuando puedan objetarse algunos postulados del ensayo y algunos párrafos hayan perdido vigencia, hay que leer detenidamente estas páginas de Portuondo.

La soledad del intelectual, propone Portuondo, tiene dos causas: la primera el apasionado irracionalismo que el fracaso del racionalismo trae consigo, y que se traduce en el retorno a un espiritualismo que mira hacia Oriente con Huxley como vidente máximo, en el intuicionismo y, un poco antes, en el florecer del racionalismo como antes la burguesía había nacido del medioevo, y que trae consigo un nuevo sentido de la vida, que el intelectual "terriblemente solo... en medio de otros hombres que recién descubre y que hablan su propio lenguaje, pero a los cuales no puede entender", no comprende, porque esos hombres hablan un auténtico lenguaje de pasión. La pose irracional ha fracasado. La soledad es ahora más completa.

Los que no tememos analizar y confesar nuestros sentimientos recordamos la profunda sensación de soledad y remordimiento, el sentimiento de culpa que nos produjo la llegada del Ejército Rebelde a La Habana. Muy pocos escritores y artistas habían intervenido en la Revolución —el escepticismo o el temor nos había inmovilizado, incapacitado para el verdadero gesto irracional, o sólo nos había permitido colaborar en la resistencia cívica.— Los que llegaban de la montaña si hablaban un auténtico lenguaje de pasión. El único sentimiento honrado que podíamos permitirnos al ver pasar a "los otros", a los hombres anónimos de las ciudades y el campo, a los que hasta ayer considerábamos la incolora e inculta medianía, era el de remordimiento y un enorme complejo de culpa, bajo el cual aún vivimos. Los pliegos de demandas, las acusaciones, los manifiestos de los primeros momentos no fueron más que una expresión de ese sentimiento de culpa.

Para romper su soledad, Portuondo le señala al intelectual el heroísmo, pero el único que le cabe practicar: el heroísmo de la razón, que ya no debe abandonar más. "El intelectual con afanes de servir a los hombres ha de ser héroe, sin traicionar, no obstante, su condición de hombre razonable". Y más adelante: "Heróicamente razonable, será el intelectual completamente útil a los hombres a quienes impulsa la pasión". (A los que verdaderamente son capaces de actuar por pasión, añadimos nosotros nostálgicamnte).

Mostrándonos el ejemplo de Pablo de la Torriente, que participó en la guerra de España "como un hombre cualquiera; pero llevando la nota de razón", Portuondo nos pide que en nuestra búsqueda del Hombre combatamos el dogma en que el hombre de pasión es propenso a caer, sin temer jamás que se nos tache de herejes, pues la herejía es lo vital a condición de que no se caiga en la soberbia. Y nos pide humildad, "humildad que nace del convencimiento de nuestra incapacidad de dirección o preeminencia en un proceso que han de hacer los hombres cuyo lenguaje, si queremos ser útiles y servir en algo, tenemos todavía que aprender". Parece que escribe para los hombres de 1960.

Humildad y aprendizaje: he aquí el mensaje más importante para los escritores revolucionarios cubanos de 1960. Y por encima de eso: servir. Todo ello sin renunciar a la honestidad, que nos impedirá cultivar el dogma y caer en los peligros del optimismo oficial. Dejar atrás todo rastro de personalismo, de inquina. Comprender el presente y preparar el porvenir es mucho más importante que escarbar en el pasado.

Nuestra primera tarea, en la cual en parte hemos fallado, es expresar en términos de razón el sentido de la Revolución. No hacerlo así es traicionar nuestra misión. Todo lo demás que se haga carece de importancia y es pérdida de tiempo y energías preciosos. Y tomar parte en la Revolución "desde la literatura, literariamente", como pide Antón Arrufat, no negando sino afirmando, construyendo nuevas formas, "encontrando o creando un modo de expresión nuestro", es también otra manera de darle cauces, de expresarla, y la única forma de hacer la revolución intelectual.

Mucho hemos adelantado en un año, aunque los progresos sean poco visibles, los que contemplamos íntimamente sacudidos por la culpa la llegada de los primeros barbudos a las puertas de La Habana. Cuando Virgilio Piñera escribe que el mundo de un obrero o de un empleado es tan importante como el mundo de un poeta, está reivindicando con esas palabras e incorporando a la Revolución (con más eficacia de la que él sospecha y de la que puedan ser capaces mucho artículos polémicos) a toda una generación que políticamente defraudada optó por refugiarse en el barroquismo o en el hermetismo. Esta afirmación constituye una enorme prueba de humildad y de poder de depuración y renovación, y si otros hombres de esa generación son incapaces de ella (o incapaces de realizarla sinceramente) peor para ellos.

Aprender, formular las verdades de los hombres de pasión, servir, señalar los peligros, crear incesantemente, ayudar a mantener el frente ancho e irresistible de la Revolución: esos objetivos han de constituir la misión de los escritores en 1960 y en los años de la Revolución.

PRO-ARTE O EL PAN DEL CIRCO

por——————natalio galán

PRIMERA ETAPA: Una de familias de prosapias y marquesados, un matriarcado de opulencias musicales de óperas y sonatas importadas. Algún prestidigitador de turno, el escamoteo de la liebre musical en sombrero de copa. El "buen gusto musical" se vestía de frac. ¿Quién hacía objeciones?

OTRAS ETAPAS: Pocas incursiones en el compositor nativo. Hacen pensar demasiado ¿Quién dijo que las claves substituían a otros instrumentos de percusión? Amadeo Roldán estaba solo mientras virtuosos llenaban sus salones. La música era un "hobby" vital y complementario al espíritu.

COROLARIO: En sus 40 años de existencia Pro-Arte jamás se dirigió a un gran público. Su círculo giraba en su círculo. Ya hay cuatro generaciones que se heredan las lunetas. Fenómeno de cultura que tal vez se me acuse de no saber apreciar.

La realidad es hoy tan distinta. Tan a la inversa de lo que fué en 1918, 28 38, 48 y 58. En 1960 la tierra se comparte. Todos, también, tienen derecho a la música.

PRO ARTE: que es la institución mejor respaldada por una minoría, no repara en el cambio que le rodea. Y sigue con sus letanías exclusivistas.

PRO ARTE: no comprende que ha llegado el momento de compartir ese pan, tan bien organizado, que hace generaciones suministra a su círculo: que hay que quebrar ese círculo, que hay que compartir.

PRO ARTE: puede convertirse, de seguir aislado, en una capa geológica estéril, mientras un pueblo alrededor ara otras tierras.

PRO ARTE: podría solicitar el apoyo del Gobierno Revolucionario para poder ofrecer un concierto popular, de cada uno de los que ofrece a su socios exclusivos por precios mínimos.

PRO ARTE: revitalizaría así una tradición, entrando súbitamente en la corriente humanista de nuestro momento cubano.

He aquí una respuesta a una cuestión que tan difícil parecía del 1918 al 1958. Una respuesta que no es más que un ejemplo perfecto de colaboración a un Gobierno que por el momento tiene que dedicarse primordialmente a la reorganización económica. No creo que con ello Pro Arte llegará a claudicaciones. ¿Por qué, entonces, por qué Pro Arte no apierta el circo?

CULTURA Y UNIVERSIDAD

por———frank rivera

Posiblemente el cubano no sea todavía un pueblo culto en la plena acepción de esa palabra, pero no hay duda de que aspira a serlo, y tiene además todas las condiciones necesarias para lograrlo —inteligencia, madurez, voluntad. A la consecución de ese ideal puede ayudar mucho el Ministerio de Educación, y de hecho lo está haciendo con la Reforma Integral de la Enseñanza, pero es indudable que la tarea mayor escapa casi por completo del radio de acción de esa dependencia del Estado: el puntal definitivo sobre el que tiene que alzarse la estructura cultural de nuestra nación está en manos de nuestras Universidades, autónomas, y por lo tanto capaces, al menos teóricamente, de regir sus métodos y lograr sus fines sin ayuda extraña. Resulta evidente que la Dirección de Cultura y el Palacio de Bellas Artes tienen una tarea importante que cumplir en cuanto a la formación artística y literaria del pueblo cubano, pero estos organismos poseen también limitado poder de expresión, no sólo por su definido cariz habanero —específicamente localizado y circunscrito en muchos casos al límite de sus salones de Animas y Monserrate— sino por la diferencia esencial que se establece entre un lugar al que se *puede* asistir y un lugar al que se *tiene* que asistir. A esto pudiera objetarse que no ha sido precisamente el recinto universitario el que ha formado a muchas de nuestras figuras intelectuales de la primera mitad de este siglo, pero no hay que olvidar que ésta es una de las tantas irregularidades de nuestra anterior vida republicana, que debe subsanarse en el nuevo período histórico a cuyo nacimiento asistimos actualmente. La Universidad de la Habana, por ejemplo, ha sido siempre un centro de estudios poco menos que inoperante en el aspecto cultural de nuestra nación —hecho doloroso, pero demasiado obvio para que pueda ocultarse tras los clásicos paliativos a que estábamos tan acostumbrados antes del primero de Enero. Es cierto que en el tiempo que llevamos de Gobierno Revolucionario, la bicentenaria Universidad ha iniciado un viraje casi total con respecto a las anticuadas técnicas de enseñanza, y es cierto además que las distintas asociaciones estudiantiles y la FEU han convocado a múltiples actos artísticos e intelectuales de verdadera importancia; pero el problema cultural en la formación del profesional universitario posiblemente se encuentre, al final de este período de reforma docente, tan lejos de su solución como en épocas de la dictadura, y esto se debe sin duda alguna a que se trata de una cuestión de enfoque erróneo, de un falso punto de mira al estudiar el proceso que debe cumplir el estudiante universitario. Trataremos de explicar con algunos ejemplos concretos lo que queremos decir. Casi todas las facultades del Alma Mater carecían, hasta hace muy poco, de asignaturas optativas q. le permitiera al alumno estudiar materias que fueran de su interés particular, aunque sólo tuvieran una relación formal con su carrera. Aún hoy son pocas las Escuelas que han adoptado ese sistema. El teatro universitario, con su concepción excesivamente académica del arte dramático —academicismo que va desde la selección de las obras hasta su interpretación poco ha podido hacer hasta ahora por acercar el teatro al alumnado en general. La obra que mantienen en escena actualmente, "Las Auras Huyen de la Tormenta", ejemplo palpable de todo lo que no debe hacerse en teatro y de cómo no debe escribirse el teatro —solamente una parte de la formación producir un efecto constructivo en el público asistente. Sin embargo, en el caso específico del teatro —solamente una parte de la formación cultural del individuo— es posible que quienes allí lo integran, por su constancia y dedicación, lleguen a montar obras con dignidad escénica y logren interesar realmente al gran público.

Otro aspecto particularmente peligroso de la reforma universitaria que se ha iniciado en las distintas facultades, es la llamada "limitación de matrículas" en algunas de ellas, como Farmacia, Odontología y hasta hace muy poco Ciencias Comerciales. La frase en sí ya es inquietante. Despierta vagos recuerdos de antiguas trabas, barreras a la juventud y muchas otras cosas que parecían totalmente abolidas dentro de las líquidas fronteras de nuestro país. El motivo aducido para tan arbitraria medida es, según declaraciones, la carencia de recursos económicos para atender a demasiados alumnos. De ese modo, una práctica importada a nuestra isla por universidades privadas, de matrículas tan costosas que no necesitarían nada más para "limitar" su alumnado, va a ser convertida, por obra y gracia de algunas facultades universitarias, en acto oficial. Esto, desde luego, es casi una monstruosidad. La selección debe efectuarse rigurosamente en el momento de dejar *salir* a los alumnos de las distintas escuelas, con un título que los capacita para ejercer libremente una profesión, pero de ningún modo debe permitirse que las ansias selectivas del profesorado se satisfagan en la juventud que espera impaciente, desde hace más de dos años, su turno para poder acogerse en el ragazo del Alma Mater. Si las dificultades económicas realmente existen, un planteo del problema a las autoridades estatales no sería desatendido con toda seguridad. En cambio, lo que se trata de hacer es una reducción drástica del alumnado: Ciencias Comerciales, por ejemplo, con más de mil doscientos alumnos en el presente curso, intentaba limitar su matrícula este año a menos de trescientos estudiantes solamente, por medio de un examen selectivo. La medida, a todas luces descabellada, ha sido derogada hace pocos días. Los exámenes selectivos, sin embargo, se efectuarán probablemente en otras escuelas, tal vez en aquéllas donde las asociaciones estudiantiles sean más débiles. Esto, si llega a realizarse totalmente, traerá como consecuencia para nuestro país, en un futuro próximo, la creación de un caudal de juventud inactiva, desviada e impedida de continuar su camino. Miles de jóvenes para quienes los brazos del Alma Mater se moverán en un olímpico gesto de rechazo, agravando el problema de nuestra cultura y dificultando la formación de los técnicos y profesionales que tan urgentemente necesitan los talleres donde se construye la nueva patria. ¿Pueden permitir también todo esto las autoridades universitarias?

POR QUE LA NOVELA

por———fausto masó

Hay que escribir una novela sobre la Revolución. Esa es la obra literaria que necesitamos. Los temas sobran, la lucha en la Sierra, la lucha en las ciudades"... Cosas como estas, y otras por el estilo, se oyen decir muy a menudo, y cabe preguntarnos si tienen alguna validez real; si la novela es el género más indicado para reflejar este proceso revolucionario.

Antes de no contestar esa pregunta, es fácil ver como se ha ido creando una especie de preceptiva o moral revolucionaria, que puede ser lo más dañino para la literatura y quizá para la misma Revolución. Hoy en día nuestros escritores gimen bajo el peso de una serie de obligaciones muy pesadas para sus espaldas. Se habla mucho de un arte comprometido, o de que el escritor debe de reflejar en su obra la vida de su pueblo.

Bien, puede ser verdad, ¿pero pueden nuestros escritores hacerlo? Los escritores de carne y hueso, no los que van a surgir en Cuba dentro de 10, ó 20 años producto de la Revolución. Qué identificación existía entre nuestros novelistas (¿cuáles?) y nuestro pueblo antes del primero enero. Las pocas personas que malgastaban su tiempo escribiendo novelas o cuentos para no ser nunca publicados, estaban por lo general a 100 leguas del proceso revolucionario y popular. Esto no quiere decir, que bañados por un Jordán milagroso comienzan a preocuparse, por lo que nunca les interesó; pero a la hora de escribir han de hacerlo con los materiales, con el medio ambiente que vivieron, no con uno imaginado, ni tampoco imitando formas extranjeras, dándonos una versión de la revolución cubana, que recuerde las películas de gangsters, o guerrilleros, norteamericanas.

Si fuéramos sinceros, la novela escrita por un cubano sobre la Revolución, —exceptuando los pocos participantes que también eran escritores—, sería la historia de un ser que nunca tuvo mucha fé en el proceso revolucionario, que se mantuvo frecuentemente al margen, y que el mismo primero de enero lo sorprendió tanto como a otros miles de pacíficos ciudadanos, que por ignorancia, o Dios sabe por qué, no hicieron nada en favor del triunfo de la Revolución.

Entonces, si es así, no es un poco pretencioso o difícil escribir sobre lo que no se ha vivido o conocido.

Además, escribir una novela se hace bien cuando se han escrito ya 100 novelas. Es muy difícil ser genial en la primera novela, sería mejor empezar poco a poco, sin grandes pretensiones, con la esperanza de que serán quizá las futuras generaciones, la generación del 60, del 64, o del 70, la que escribirá la gran novela revolucionaria cubana.

Gran novela revolucionaria que puede ser lo menos representativa de este proceso, porque narrar los sucesos que han acontecido puede ser menos importante que reflejar el cambio de espíritu que ha habido en Cuba.

Quizá resulte más interesante, o más representativo, un libro de poemas, o de cuentos, o de lo que imagine su creador, que sin hablar nada de Revolución, sin mencionar ni un hecho ni una ley revolucionaria, nos dé en cambio algo más importante: la transformación espiritual habida en Cuba después del primero de enero, el cambio en la actitud de nuestro pueblo, de nuestros escritores, o de un hombre solo e individual.

Eso pudiera ser más valioso que una mera reseña de acontecimientos hecha por uno que se enteró de oídas.

Pero claro, puede ser que ese novelista sea un genio, pero tiene que serlo de verdad, porque aparte de que el tema es difícil es distinto que Melville escriba la "Ballena Blanca" después de haber pescado ballenas él mismo, a que lo haga John Smith, abogado de Kentucky en 1850.

LA NUEVA CULTURA

por——————josé rodríguez feo

No hace mucho tiempo, escuchando la comparecencia del Ministro de Educación, Dr. Armando Hart, en un programa televisado, nos venía a la mente una serie de consideraciones sobre nuestra cultura, que ya empezaban a germinar desde antes al leer la Ley de Reforma de la Enseñanza. Pensábamos: caramba, por fin se va a agarrar al toro por los cuernos, por fin vamos a salir de ese atolladero romántico en que se ha hundido lentamente nuestra educación. ¿Por qué atolladero romántico? Atolladero, porque los jóvenes más inteligentes y despiertos pasaban por los Institutos y la Universidad y salían, con la excepción de los médicos y abogados, tan despistados sobre su vocación como cuando entraron. Y lo peor: seguía imperando la concepción romántica de la cultura que nos legó la enseñanza universitaria europea. Es decir, que para ser cultos necesariamente hay que poseer una cultura humanista que abarcara las ciencias y las letras, pero con un énfasis muy marcado sobre las letras y la filosofía. Como en Cuba siempre se ha estudiado esa inútil carrera de Filosofía y Letras solamente como un paso previo para ingresar en el profesorado, nos encontramos con jóvenes muy ávidos de explicar una cátedra, pero con un barniz cultural insuficiente y superficial. Pero siempre perduró, y así se aprovecharon los falsos intelectuales de ese prestigio romántico que conllevaba haber sido un "graduado" en Humanidades.

La Reforma de la Enseñanza contempla la necesidad de ir guiando los pasos del educando desde los primeros grados, para que así pueda decidirse más temprano, y ante más legítimas perspectivas, hacia qué facultad desea dirigir sus pasos. Todos los discursos de los hombres más responsables de la Revolución, tienden a acentuar la necesidad que tiene la nación de producir técnicos de todo tipo. Los técnicos industriales, agrícolas y hasta nucleares deben suplantar esa legión numerosa que pasaba por Pedagogía, Derecho, Ciencias Sociales, Arquitectura. Ahora en Cuba sobran arquitectos, abogados, pero necesitamos cada día más agrónomos, por ejemplo. Si el Gobierno no puede reglamentar la educación, como en Rusia, para formar un grupo competente de técnicos, sí puede ofrecer alicientes y ventajas económicas a los que dedican su inteligencia y su esfuerzo en graduarse en el campo de la Ciencia y de la Técnica. Esta necesidad se hizo más que evidente en el primer fórum industrial patrocinado por la Universidad de Las Villas. Y ya se está planeando una Universidad Industrial que opere única y exclusivamente para preparar y capacitar a estos técnicos y especialistas, que un país subdesarrollado como el nuestro necesita urgentemente.

Un amigo escritor me pregunta: "Entonces, ¿qué clase de cultura recibirán nuestras futuras generaciones?" Bueno, mucho me temo que nuestros futuros técnicos no tendrán mucho tiempo libre para preocuparse de estos problemas; pero inclusive llegaría a afirmar que la nueva educación ha de ser —por la imperiosa necesidad de la realidad que vivimos—, una cultura científica. Y así debe ser si queremos sobrevivir y progresar como nación en un mundo supertecnificado. Vale pensar en el ejemplo de Rusia. Todos están de acuerdo, incluso los norteamericanos, que si Rusia se ha puesto a la cabeza de los últimos descubrimientos científicos es precisamente porque movilizó a sus juventudes. Así, cualquier joven que tenga facilidad e inclinación para la ciencia, es enviado a uno de los institutos para que allí se convierta en ingeniero, matemático, o lo que prefiera de acuerdo con su vocación. Jamás se le ocurriría a un ruso la idea romántica de estudiar filosofía o literatura si tiene aptitudes para las Ciencias. Ni el Estado permitiría que se desperdiciara así ese talento en un estudio que resulta casi banal, cuando vivimos tiempos tan dramáticos como el presente. Pero lo que algunos no quieren o no pueden comprender es que en el futuro va a depender de estos jóvenes científicos el que vivamos mejor, con más comodidad, el que tengamos televisores a bajo precio, radios y automóviles, etc. Y quién sabe si con el tiempo los cubanos hacemos también nuestros descubrimientos científicos importantes.

Por lo que venimos diciendo se comprenderá que es hora que el Gobierno y las instituciones educacionales del país, brinden a los jóvenes todas las facilidades posibles, para que puedan desarrollarse dentro de un ambiente más propicio a la investigación. Si en el momento sólo se les puede dar la matrícula gratis, debe existir (y dárselo a entender a los que estudian en ese campo), un futuro económico halagüeño. Creo que así será, y que ya el Gobierno está poniendo en práctica este tipo de estímulo en lo que se refiere a los ingenieros agrónomos. Pero también se debe ir a la creación de Centros de Altos Estudios, que al margen de las Universidades tradicionales, ofrezca a los graduados universitarios cursos más especializados. Ya esto está previsto en la fundación de la Universidad Industrial.

Siempre quedará un lugar para aquellos que dediquen sus desvelos a adquirir una cultura humanista. Los mismos científicos tendrán sus horas de ocio para formarse dentro de esa cultura tradicional de las artes y las letras. Pero la meta de las futuras generaciones tiene que ser necesariamente una cultura científica y técnica, que haga posible el máximo desarrollo de las posibilidades del Nuevo Estado. Muchos se lamentarán. Pero basta citar otra vez el ejemplo de Rusia, donde los hombres de ciencia constituyen un grupo poderoso, que goza de los más altos privilegios y de los mejores salarios dentro del Estado. Tanto es esto así que estos científicos son la admiración y la envidia de sus colegas de Norteamérica.

DOS LIBROS DE CUENTOS

por——————virgilio piñera

ANTONIO ORTEGA: YEMAS DE COCO Y OTROS CUENTOS

(Universidad de las Villas, 1959).

Sospecho que estos cuentos de Antonio Ortega responden a lo que se llama "situación vivida". Leyéndolos se tiene la impresión de que el autor no ha incorporado gran cosa de ficción a esos relatos. Son cuentos escritos entre 1931 y 1958, es decir un período de tiempo que abarca unos treinta años. Casi todos ellos tienen por escenario lo que presumo sea la región natal del autor. Además, el léxico que se utiliza es totalmente castizo. Durante la lectura me he topado con palabras que me obligaban a acudir al Diccionario de la Lengua. ¿Qué es, por ejemplo "tolina"? —me preguntaba desconcertado al mismo tiempo que me sentía fuera del relato. Pero la falta es mía, que no conozco a fondo mi lengua materna. Sólo que lo subrayo, —quiero decir eso de las palabras castizas— para situar al autor

¿Cuál es el fundamento de estas narraciones? En todas ellas sobrenada una ironía amable y una amargura —valga el contrasentido— igualmente amable. Este es el caso en un cuento titulado *Silicato:* un hombre y una mujer se conocen por teléfono, hablan por espacio de una hora, se dan una cita y, como es de esperar, se comprometen. Pero pertenecen a mundos opuestos. El mismo autor se encarga de anotarlo: "Yo media en números y ella en circunstancias". Finalmente viene el rompimiento. El incidente se produce a través del hilo telefónico. El le dice cosas, y hasta cosas que pueden herir el natural sensible de una mujer. Sin embargo, ella no reacciona. De pronto él le dice que ella es como un silicato. ¡Ahí fué Troya! —¿Que yo soy un silicato? ¡Un silicato! ¿Es que para ti yo soy tan sólo un silicato?...— He aquí el eterno femenino haciendo de las suyas, como Némesis furiosa, y, sobre todo, irrazonable, y más que todo: inesperada. Sin duda es un acierto de Ortega, el que por otra parte, se manifiesta en muchos de los cuentos que componen este volumen.

Aunque en tono menor, es esta la misma situación que nos cuenta Proust en *Un Amor de Swann:* como es sabido, Swann es el amante de Odette de Crecy. Esta Odette, tan inesperada como la Lucila de Ortega, abruma al pobre Swann con las salidas de tono más peregrinas. Ahora bien, Swann, que además de una paciencia benedictina ama intensamente a Odette, la conserva junto a sí por largos años.

En estos relatos hay una protesta —por cierto nada virulenta— de la forma tan disparatada —iba a decir absurda— con que Dios, o lo que sea, hizo al hombre. Estos cuentos no están fundamentados en la protesta social —situación dada corregible— sino en la protesta biológica —iba a decir metafísica. ¿Por qué Dios o lo que sea ha hecho a Fulano así, y así a Mengano? Hay un tipo: Covadonga, que se limita a no hacer nada y a sonreir; hay un chino —Antonio Chang— que es la tipificación del miedo cósmico; hay un loco —Nelio— cuya razón de existir está reducida a mirar fijamente; hay una mujer —Palmira— tan absurda como un personaje de Ionesco. Todos estos tipos han salido conformados así de la Madre Naturaleza y a ella serán devueltos. Lástima que Ortega se desvele tratando de encontrarles una explicación y, consecuentemente, de ofrecérsela al lector, que se siente lastrado con tales imponderables. Hay, sin embargo, un relato que se salva de esta inclinación razonadora. Me refiero al último de los que integran este libro. Se titula *Chino Olvidado.* Explicable y al mismo tiempo inexplicablemente, Antonio Chang es detenido. Una condena de treinta días se convierte en una condena a perpetuidad. Pero Chang lo acepta todo, y oscuramente el lector presiente que Chang tendrá su revancha. En efecto, la tiene en su lecho de muerte. A Chang le llega la orden de libertad, y lo que es de mayor importancia, será repatriado a su lejano Cantón. El acierto de Ortega es hacernos llegar a la última página de su narración en la creencia de que Chang ha sido efectivamente puesto en libertad. Pero es tan sólo el frío espejismo de la muerte. Durante su lectura sentimos un eco de Kafka, y es por ello que este cuento nos parece separado de los otros cuentos., que nada tienen que ver con los del escritor checo. El libro resulta un poco disparejo en su contenido; acaso esto se deba a las distintas épocas en que estos cuentos han sido escritos. Eso que podríamos llamar el balance de la obra literaria, aparece un tanto dislocado, lo cual produce cierta fatiga en el lector. Sin embargo, se justifican los relatos de Ortega, conforman una cierta unidad gracias a esa tónica general de la ironía y la amargura; ironía y amargura expuesta sin grandes pretensiones pero con evidentes aciertos.

BALTASAR ENERO: LA CORTEZA Y LA SAVIA

(Cuentos) Editorial Presencia. La Habana, 1960.

Creo que hay bibliografía abundante sobre la técnica del cuento; creo igualmente que lo primero que hicieron los hombres en el terreno del engaño fué contarse cuentos; pienso asimismo que las nodrizas son cuentistas natas, y pienso finalmente que el lector de un libro de cuentos está en la misma situación de Haroun-al-Radchid respecto de la esclava que se los contaba: uno más, otro, todavía otro...

¿Qué esperamos de un cuentista? Que nos tenga en suspenso, que nos maraville, que metido en la realidad de la vida esté siempre a punto de abrirnos una puerta que nos ponga en comunicación con lo maravilloso. Maupassant que escribía cuentos realistas tenía en todo momento a punto esa puerta. Se la conoce bajo el nombre de imaginación.

Leo ahora *La Corteza y la Savia*. Su autor, como diría Borges "se maneja con fluídez y elegancia", compone una situación y la lleva hasta su final, pero no consigue meternos en el relato. Por ejemplo, tomemos el cuento titulado *El Diagnóstico*. María es la amante del doctor Dávila. Ambos deciden suprimir al marido de aquélla. Discurren un plan diabólico: María empezará a infiltrar en el ánimo de su esposo la sospecha de una grave enfermedad. Como es de suponer, el presunto enfermo corre a consultarse con el amante de su mujer. Este le hace ver que, en efecto, no sólo está gravemente enfermo sino que su mal es incurable. A Didí sólo le queda una salida: el suicidio. Efectivamente, se mata, pero, como se dice, se lleva por delante a su mujer. El amante, ante semejante imprevisto, comenta ante el cdáver de María: "Amor mío, es imposible predecir las reacciones humanas. Sin embargo, parecía tan sencillo".

Esto se llama "situación preparada", golpe de efecto para el lector, pero a mi entender es un golpe que no produce efecto alguno. ¿Qué solución efectiva, no efectista, cabe en este cuento? No puedo saberlo porque no lo escribí yo. Ahora bien, y en todo caso, me parece ineficaz haber matado a Didí. Que Didí se mate, que al mismo tiempo mate a su mujer es lo que antemano se ha planteado el lector a medida que leía el relato. Y se lo ha planteado para desecharlo como solución fácil que no le pondría en situación maravillosa. Es por ello que el desenlace nos deja vacíos. Si el autor no supera al lector, éste se sentirá desconcertado.

Por otra parte, si el cuento es psicología, su autor no hace un gran esfuerzo por mostrárnosla. Los conflictos emocionales de sus personajes apenas si están insinuados, llegando a veces a la gratuidad, como es el caso en el relato titulado *Jacqueline y el Mar*. Jacqueline siente el llamado nefasto del mar —¿en razón de qué? El autor no lo justifica. Un día su angustia hace crisis y decide arrojarse a las olas. Pero he ahí que Pierre —su novio— la llama desde la orilla y el Amor vence a la Muerte. Si este cuento se lo contaran a un niño en la forma que su autor lo ha discurrido, de seguro que nos pondría en situación embarazosa. ¿Y qué más, qué más? —diría el niño tirándonos de la manga del saco.

En resumen, pienso que Baltasar Enero ha hecho un esfuerzo, que en lo más externo del género consigue lo que se propone —es decir: soltura, anécdota, precisión formal, argumentación. A tono con el título de su libro (que juzgo pulcramente impreso) diremos que ya tenemos la corteza. Esperemos que muy en breve nos ofrezca la savia.

LO QUE NO SE DICE

EL SUBMARINO FANTASMA

EL mar posee innumerables secretos naturales a los cuales el hombre pretende agregar uno más: el del submarino misterioso de la Argentina.

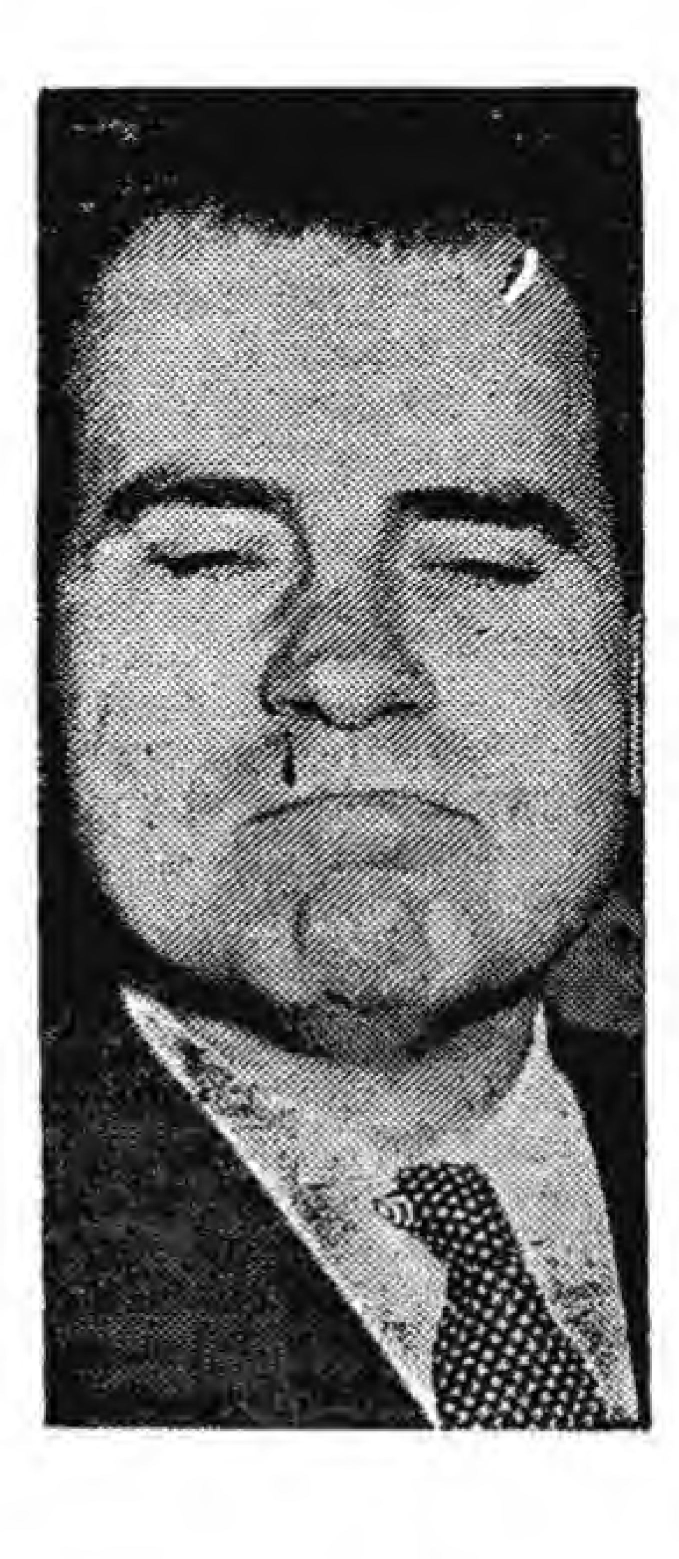
A los que preguntan si será una serpiente marina se les contesta que no. Por lo tanto, no se trata de una serpiente de bandera zoológica neutral, incapaz de levantar ronchas en el campo de la política, y que sólo deja una estela misteriosa para ser saboreada en las narraciones que siguen al sorbo de café, y en las cuales nos referimos al eco de su imagen, ya que la serpiente en sí jamás se deja apresar por los pescadores ni por las cámaras fotográficas.

Sin embargo, ¿no pudiera ser otra serpiente de mar, pantalla de humo del periodismo yanqui (los cables son de la UPI y AP), el submarino misterioso? ¿No es una coincidencia este aquelarre de buques y aviones en torno a un fantasma con la Exhibición Soviética en Cuba? ¿No será una manera de querer impresionar a los pueblos de América con una supuesta y peligrosa *penetración* comunista en nuestro Hemisferio?

ENTRE RICKIE Y KENNY

LOS expertos en política norteamericana afirman que Richard Nixon será el candidato de los republicanos, y que John Kennedy será el de los demócratas, y en nuestro país, donde hay muchas tonterías que destruir, hay gente, que se supone sea entendida e inteligente, que dice que si triunfan los demócratas las relaciones entre Estados Unidos y Cuba cambiarían sustancialmente. Vale preguntar: ¿durante los gobiernos demócratas —antes y durante el New Deal y el Fair Play—, hubo algún cambio sustancial en la política norteamericana para con Cuba?

No, señores inocentes, o mal intencionados, sólo ha sido cuestión de grados, nada sustancial. Los amos son los mismos.





EL BANDIDO DE LA LUZ ROJA



HABIA una vez en California, hace unos once años, un bandido conocido por el bandido de la luz roja. Acostumbraba asaltar a las parejas de enamorados apostadas en los caminos vecinales de las carreteras bajo la luz de la Luna.

De repente una luz roja proveniente de un automóvil se les enfocaba cegándolos momentáneamente. La pareja asustada suponía que la luz pertenecía a un carro de la policía.

Se trataba en realidad de un asaltante. Este asaltante poseía una característica que lo marcaba: después de robar al hombre, sacaba a la mujer del automóvil y la violaba sobre la hierba.

Las parejas asaltadas daban la siguiente información a la policía: Hombre joven, armado de un revólver calibre 45 (esta observación hecha en la oscuridad bajo un estado de tensión nerviosa es demasado precisa), que viajaba en un auto de color rojo.

Por esta época Caryl Chessman estaba prófugo de la prisión de CHINO. Una noche en que viajaba con un amigo en un auto de color rojo, con un revólver calibre 45, fue apresado, notándose la coincidencia con el bandido de la luz roja. ¿Fue en realidad una coincidencia? ¿Esta descripción detallada de los testigos fue precisada antes o después del arresto de Chessman? ¿No habrán sido los testigos de cargo *presionados a ver* un revólver 45 y un auto de color rojo en la oscuridad? En la oscuridad todos los gatos son pardos.

El auto ocupado a Chessman era rojo, luego, estimulando un poco la imaginación de los testigos se puede lograr que se distinga un color tan difícil de destacar en la oscuridad como el rojo.

Todo el caso, como puede verse, se basa en evidencia circunstancial. Sin embargo, se condena a Chessman con la pena de muerte. ¿Por qué? ¿A quién mató Chessman? A nadie; pero el hecho de sacar a una mujer de un automóvil y depositarla en la hierba se considera como SECUESTRO, y para estos casos de secuestro está ahí la Ley Lindbergh con la pena capital.

¿Por qué este ensañamiento? ¿Contra quién, o quiénes, atentó Caryl Chessman que pretenden destruirlo? ¿Qué grandes intereses se mueven para eliminarlo? Hay un pasaje en su vida delictiva que responde a estas preguntas.

En los suburbios de Los Angeles existen varias casas de juego que son a su vez prostíbulos. En ellas se cita la mejor sociedad y los más destacados políticos. Estas casas son controladas por la Maffia.

Desde el gobernador y el alcalde hasta el jefe de la policía, todos los grandes personajes de la política reciben dinero de la Maffia en lo que viene a ser una sociedad en comandita.

La existencia de estos casinos-prostíbulos, es conocida. Introducirse en uno de ellos para asaltarlo es una temeridad. Por eso no están vigilados ni por la Maffia ni por la policía, ya que ningún Don Nadie se atrevería a chocar contra los intereses más poderosos del Estado de California, o del hampa de los Estados Unidos, que es la Maffia. Asaltar estos lugares es ponerlos en primera plana, destacarlos al público; y ningún infeliz delincuente podrá salir impune del daño provocado a las *fuerzas vivas* de la Nación. Caryl Chessman tuvo el valor de realizar esta hazaña, y la sociedad de grandes hampones trata ahora de demostrar a los pequeños delicuentes que "el crimen no paga" cuando el crimen va en su contra.

(El departamento de Estado norteamericano le pidió al gobernador del estado de California, unas horas antes de que se cumpliera la sentencia, que suspendiera la ejecución de Caryl Chessman "porque podría llevar a que se hicieran manifestaciones hostiles a Eisenhower en Uruguay y Brasil durante el viaje que hará próximamente a Sur América".

El argumento es increíble. No importa la vida de Chessman, sino las malas digestiones que podría tener el presidente de Estados Unidos por los tomates "a la Nixon" que podrían dedicarle nuestros hermanos del Continente. Pero que no duerman muy tranquilos porque podría haber sorpresas ante la burda maniobra inhumana con el infeliz Chessman.)

LOS AMIGOS DE TRUJILLO



NOSOTROS, los norteamericanos, preferimos la amistad de Batista y de Trujillo, a la de Fidel Castro" —declara el senador Smathers.

No creemos que haga falta un comentario a estas declaraciones dada la situación actual en Santo Domingo. Situación que, aunque más intensa hoy en el campo de la sangre, se prolonga en el pasado por treinta años.

Una amistad que ha durado tanto tiempo no es un accidente ni un capricho: es una sociedad seria y consolidada por intereses comunes.

Sin embargo, treinta años de tiranía no son suficientes para los yankis. Cuando el empuje de la revolución antitrujillista logró el impacto necesario para derribar al tirano, 4 mil "marines" desembarcan en Santo Domingo para celebrar un "picnic".

Al principio se supuso que los americanos sustituirían a Trujillo por un Cantillo cualquiera. Pero no. La amistad con Don Rafael Leónidas es sincera, y algunas pequeñas diferencias, como aquella en la cual Trujillo amenazó con suprimir la base de proyectiles dirigidos de los yankis en Santo Domingo por haber sido suspendido su hijo Ramfis en una Academia Militar de los Estados Unidos, son cosas sin importancia provocadas por una irritación pasajera. La base militar y económica que es la tierra dominicana no peligra para Washington verdaderamente con Trujillo. Por lo contrario, la existencia en Cuba de Fidel Castro, hace que los valores de la Náusea de América suban en Washington.



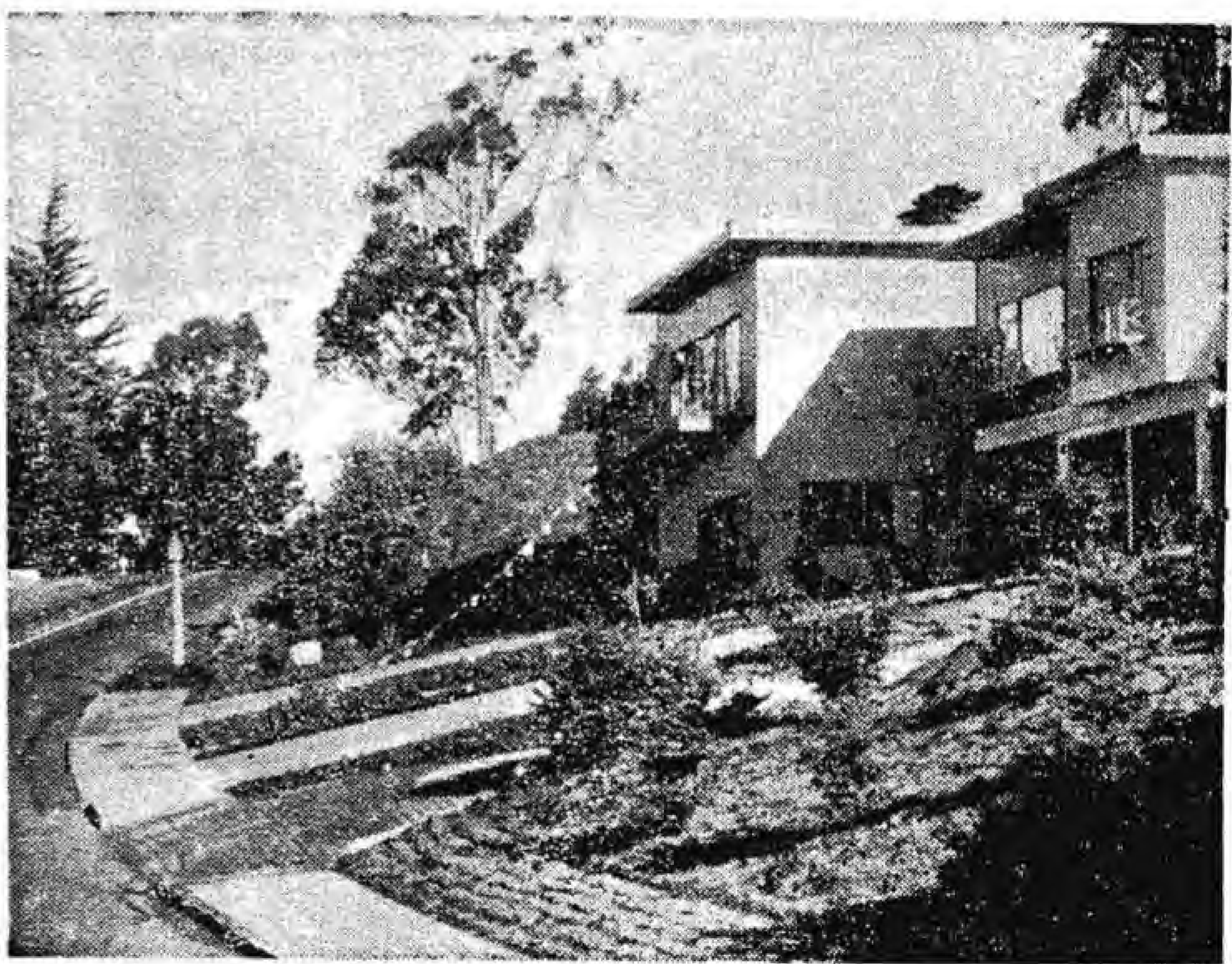


LA VERDAD

AH, la verdad, la verdad.

La verdad, esa palabra peligrosa que algunos pretenden poseer, es tan resbaladiza como su hermana gemela la mentira. No se puede afirmar que existe la verdad sin reconocer que también existe la mentira. No se puede afirmar que la Exhibición Soviética es un instrumento de propaganda sin decir que la Exhibición Norteamericana (o el cine de Hollywood, para poner un ejemplo), que fue el año pasado a Moscú también es un instrumento de propaganda.

Y como hay quien todavía pretende tener la verdad y afirma a veces con palabras y otras con fotografías lo que no se debe afirmar por tonto, inútil y tendencioso, nosotros vamos a recurrir a los chinos —por lo menos hay quienes afirman que fue un chino el inventor de la frase "una fotografía vale por mil palabras", y como nosotros creemos en la verdad y en la mentira también, lo vamos a afirmar sin preocuparnos de quién lo dijo —y vamos a mostrar dos fotografías tomadas en los Estados Unidos—, y que, como dijo el chino famoso: "son más elocuentes que dos mil fotografías".



SARTRE A LA VISTA

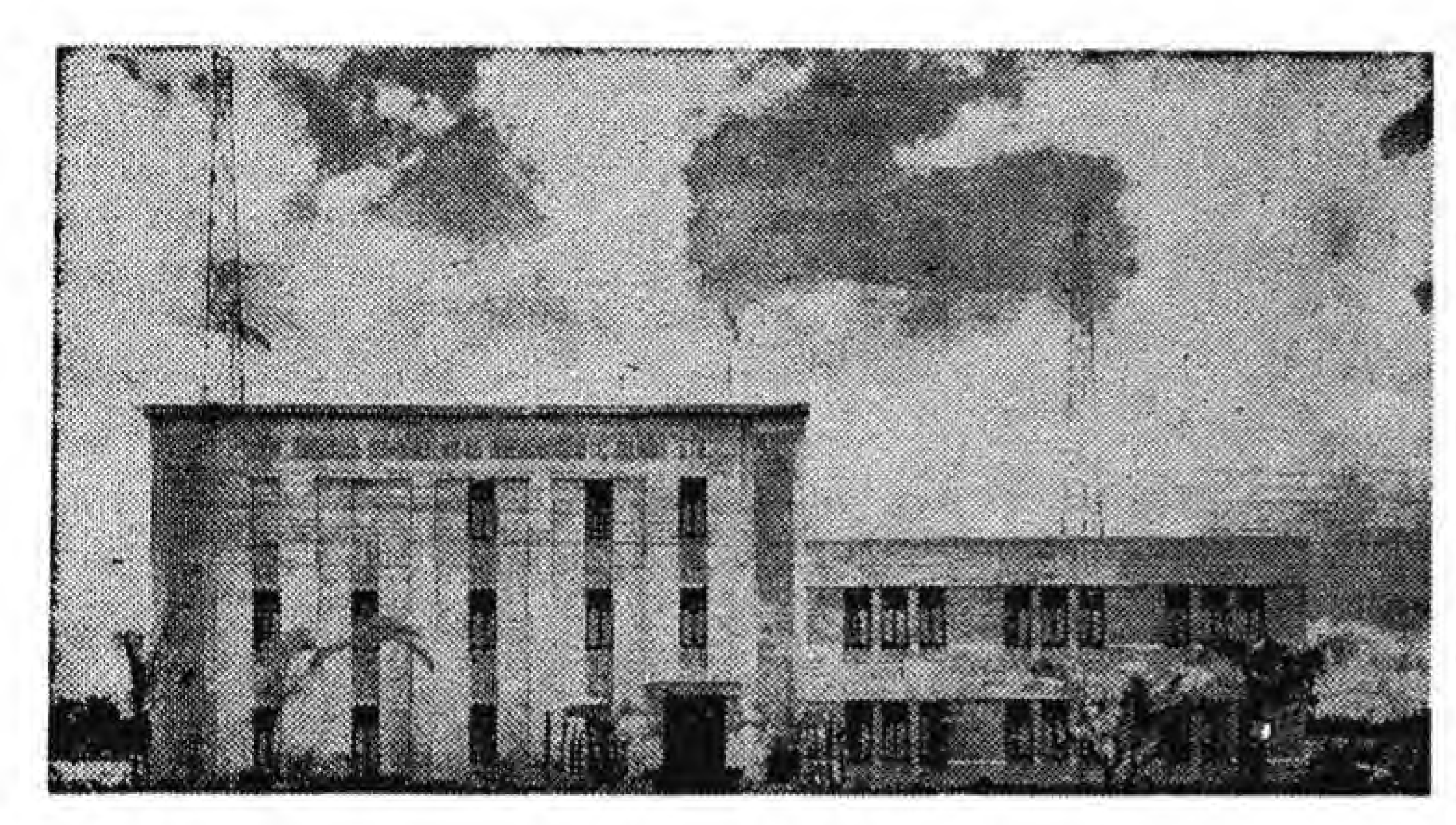


Cuando "LUNES DE REVOLUCION" llegue a las manos de los lectores, los redactores de "LUNES" estarán esperando —no con menos avidez, pero sí más conscientes de la importancia del momento— el avión de Cubana que traerá a Jean Paul Sartre y a Simone de Beauvoir. Simone de Beauvoir es la novelista de "Los mandarines", la investigadora de "El segundo sexo", la ensayista de izquierda de "El pensamiento político de la derecha", la apologista inquietante de "¿Hay que quemar a Sade?" Sartre es una de las mentes más lúcidas de nuestra época y un hombre volcado sobre los problemas del siglo con una mente lógica y un método seguro. La importancia de la llegada a Cuba de la Beauvoir y de Sartre es enorme, no sólo para los intelectuales y los escritores cubanos, sino para nuestra Revolución, que es infinitamente más importante.

Durante quince días Sartre dará conferencias, conversará con sus amigos, entrará en contacto con el pueblo y la Revolución. Los otros quince días los empleará en conocer a Cuba y descansar. También planea dedicar un número de su importante revista, "Los tiempos modernos", a la Revolución y a la literatura de la Revolución. Solamente esto habría convertido la visita en un acontecimiento intelectual insusitado. Pero está también su presencia viva y las respuestas evidentes que dará Jean Paul Sartre —como advirtió Piñera —a las variadas preguntas que entre nosotros tienen una respuesta tan difícil.



LA CEMEZETA ARIDA



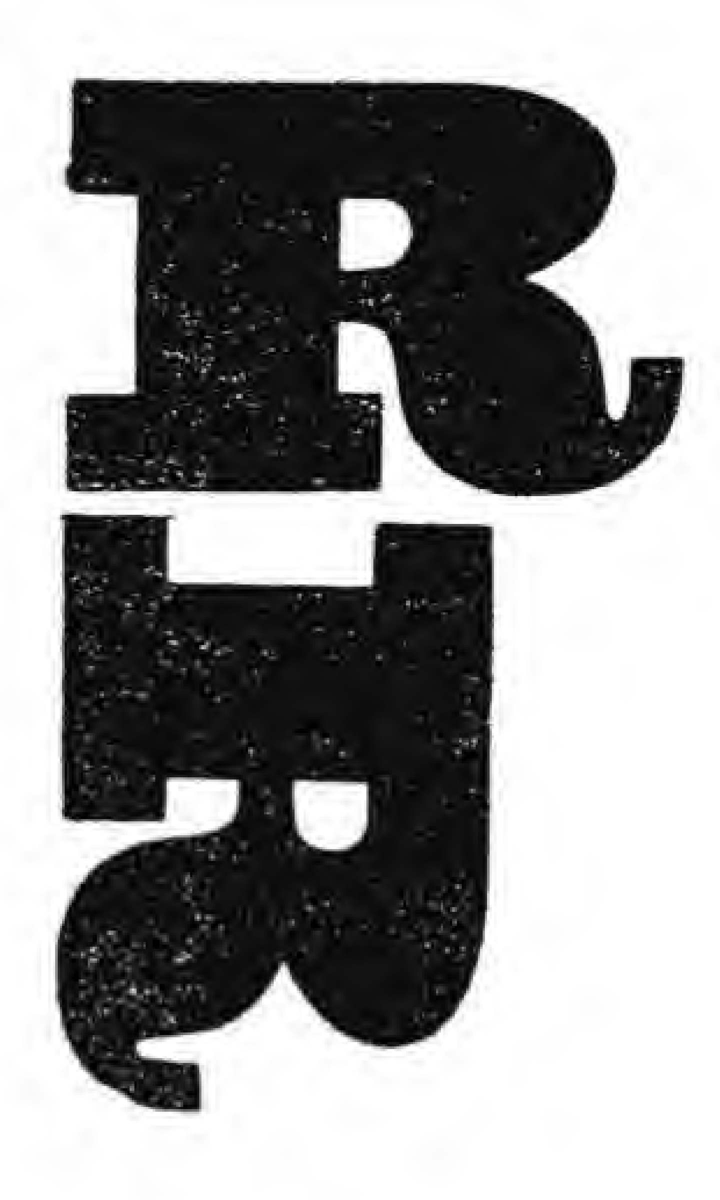
La CMZ es una meseta árida para la cultura. El otro día —fugaz gracias a que el botón de la radio gira a mayor velocidad que el sonido— radiaba "bajo sus auspicios", un programa de supuesta cultura histórica por demás lamentable. Las voces de los alumnos se confundían con las del profesor y todos contribuían a la confusión general, que se extendía, por supuesto, mucho más allá del horizonte sonoro. Hablaban de Ignacio Agramonte, de Carlos Manuel de Céspedes, de Aguilera. Por un momento pareció que los próceres se convertían en "procres" y la Historia de Cuba devenía un arcano obsceno. Luego el profesor —la voz más cuidada, el acento mejor, pero una sola intención verdadera— explicaba lo que los alumnos querían explicar y finalizaba felicitando —¿qué, la pobre dicción habanera de los alumnos, la ausencia de la más elemental concordancia, la atmósfera de camarín de una arena de boxeo antes del encuentro?— a los alumnos y de paso, claro, se felicitaba a sí mismo. "LUNES" no quiso anotar —"en un lugar del dial de cuyo número no quiero acordarme", etc.— el nombre del profesor ni el de los alumnos, pero sí anotó su parecer: la CMZ, a un año crecido del triunfo de la Revolución (y con una posible audiencia extranjera unida a la cubana que esperaba su reaparición triunfal), debía respetar más a las oyentes y respetarse un poco más a sí misma ¿O es que en Cuba no hay intelectuales, escritores, profesores, capaces de dar una lección de cultura, de información y de genuina didáctica? Según el programa de la CMZ parece que hay que negar la existencia de lo evidente y decir que no, que en Cuba todos somos asesinos... del idioma, de la historia, de la cultura.

CUIDADO CON LOS MURALES

Que se multipliquen los mercados populares nos parece magnífico. Esta es una manera de abaratar los productos, vender mejores mercancías y por tanto ayudar al maltrecho bolsillo de las amas de casa.

Lo que nos parece horrible es que estos mercados estén sirviendo para que todos los pintores malos embadurnen las paredes con esos anuncios gigantes que cualquiera diría que han sido solicitados por un famoso refresco a base de cola.

Todavía va a resultar que estos murales van a asustar a las pobres amas de casa que nada saben de esta mala pintura y van a decidir ir a comprar sus productos a la bodega o al puesto de la esquina donde el gallego bodeguero o el chino vendedor las reciben con una acogedora sonrisa.



CARTAS DE LUNES

Señor Director de **Lunes de Revolución:**

Uno de los números más **exuberantes** de LUNES DE REVOLUCION fue el dedicado a la Exhibición Soviética. Esto demuestra una capacidad de trabajo sumamente interesante, ya que ni tan siquiera otra publicación se le iguala.

Sin embargo, a pesar del gran espectáculo que es la Exhibición, nadie ha señalado el enorme contraste que existe entre el material exhibido en su parte científica e industrial y el artístico. Es mucho más bello el salón de Cristalografía que el de pintura y escultura.

Yo sé que no es el propósito de LUNES DE REVOLUCION el hacer crítica a nuestros huéspedes, y aplaudo el resultado objetivo que se logró en ese número; pero yo quisiera, como simple ciudadano, expresar por escrito mis opiniones.

Con todo el respeto
Nicolás Montaner
Paula No. 164. Habana.



ZAIDA SE PREOCUPA

Tengo un amigo que todas las mañanas viene a casa para conversar un rato. Imagínense ustedes que casi todos los días insiste en lo mismo: hay que hacer un arte en Cuba de acuerdo con un patrón establecido. Yo lo veo con una regla golpeando la cabeza de los escritores cubanos cada vez que deslizan una frase que no esté de acuerdo con sus dogmas. Me parece, ignoro lo que ustedes pensarán y si piensan algo, que lo que la Revolución debe hacer es darle libertad absoluta al artista para que se exprese como él desee y entienda. Aquí lo que hace falta es que la gente escriba, y ya eso es bastante. La literatura cubana está por formar, no por reformar. A propósito, dentro de unos días les enviaré un cuento que acabo de escribir. Les felicito por el magazine.

Zaida Carrera
Vedado.



UN CONFUNDIDO

Acabo de salir de la Exposición Soviética, y les escribo de lo más preocupado. Me convenció el Sputnik, pero la pintura y escultura, no. ¿Qué me dicen de la estatua de Tolstoi? ¿Ese es el arte que hacen en el Soviet? Yo francamente no entiendo nada. Soy un hombre sin cultura, pero no me gusta ese arte que estoy cansado de ver. ¿Se corresponden los Lunik con él? Les ruego que me expliquen. Tengo un barullo formado en la cabeza. Yo admiro mucho a Van Gogh.

Luis Montoro,
Revillagigedo 12, Habana.



JUSTO ES MUY JUSTO

Primero voy a decirles que no soy comunista. Ni ahora ni antes. Pero después de ver la Exposición rusa creo que los rusos han logrado muchos adelantos. Eso es la verdad. Si lo lograron con un gobierno comunista algún crédito hay que darle a este gobierno, lo mismo que hay que darle crédito a los americanos cuando hacen cosas. Los americanos hicieron la bomba atómica y los rusos mandaron el Lunik a la luna. ¿Será acaso que los dos tienen la razón?

Mi mujer dice que yo me estoy convirtiendo en comunista porque hablo así, pero la verdad es que ni éstos son tan malos ni los otros son tan buenos.

Justo González
Manzanillo Oriente.



QUE SE REPITA

Desde hace varias semanas estaba por escribirles para decirles que el número que le dedicaron a Pablo de la Torriente Brau era magnífico. Durante los años de lucha contra Machado lo oí en varias ocasiones en actos revolucionarios y puedo afirmarles que el Pablo que ustedes le brindaron a las nuevas generaciones es el mismo que nosotros conocimos entonces.

Sólo me resta pedirles: ¿por qué no hacen un número dedicado a Julio Antonio Mella, a Rubén Martínez Villena, a Manzanillo? Cada uno de estos cubanos ejemplares se merecen un número también. Ahora más que nunca hay que hacer resaltar la obra de ellos.

Justo Sierra,
Matanzas